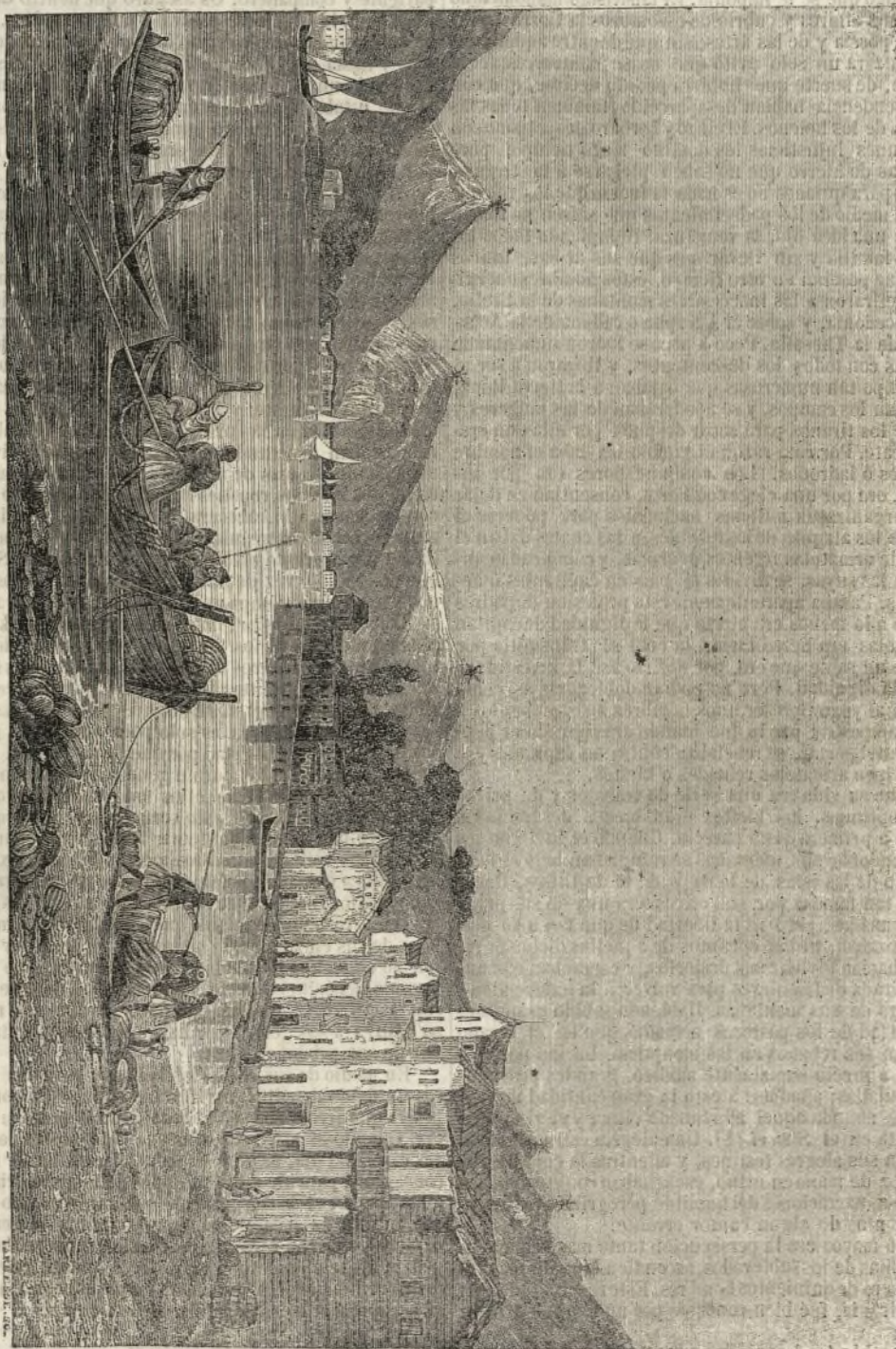


ESTUDIOS DE VIAGES.



25 de Febrero, 1847.

TOMO V.

4

COSTUMBRES DE LOS KLEFTOS.

Cuando el imperio de Bizancio quedó deshecho á los golpes de la cimitarra turca, la Grecia, enervada por todos los vicios del bajo imperio, no supo doblegar la cerviz al ferreo yugo que se le imponía. El fanatismo mahometano rompió sus altares y cubrió de escombros la tierra sagrada de la poesía y de las artes, sin que de entre aquel pueblo, se alzara un solo grito que osase contrarrestar la opresión, de suerte que hubiera podido decirse, que con la independencia habían desaparecido también todas las virtudes de los helenos. El ciego y bárbaro despotismo con sus impunes injusticias los dominó largo tiempo; pero las almas de hierro que no saben plegarse á la tiranía, hombres para quienes no es nada la fuerza que los oprime y que en medio de los padecimientos que sufren no tienen más que una idea fija, la venganza! Rompiendo todos los lazos de familia y sin llevar más que sus armas, únicos bienes que poseían en otro tiempo, estos hombres enérgicos se retiraron á las inaccesibles montañas de la Etolia, de la Macedonia, y sobre el Agrapha ó cadena de la Acarnania y de la Thesalia. Poco á poco se fueron aumentando estas filas con todos los descontentos, y llegaron á ser al poco tiempo tan numerosas que bajaban á la tierra llana, devastaban los campos, y se apoderaban de las mugeres y niños de los tiranos para sacar después por ellas un crecido rescate. Por esta razón el pueblo les daba el nombre de kleftos ó ladrones. Los conquistadores ora por indolencia, ora por una ciega confianza, consentían en dejar que se organizaran milicias nacionales para ponerse al abrigo de los ataques de los rebeldes, á las cuales daban el nombre de armatolas ó gentes de armas, y como cada cantón tenía las suyas, se dividió el país en capitánías ó armatolikas. Pasaba aparentemente esta profesión de padres á hijos, ó á lo menos era cierto que la dignidad de capitán de armatolas era hereditaria, la cual se transmitía por medio de un sable que era, por decirlo así, la investidura de aquella dignidad. Pero no podían doblegarse así como se quiera al yugo opresor unos hombres acostumbrados á la vida campestre; por lo que cuando era sobrado el peso que debían soportar, se rebelaban contra sus capitanes y se convertían en armatolas rebeldes ó kleftos.

Aunque su vida era una serie de trabajos y de privaciones continuas, los kleftos eran menos desgraciados de lo que á primera vista parecía. Cuando el invierno les hacía abandonar sus montañas se refugiaban bajo el hermoso cielo de las islas de Ionia y de la de Ulises, Itaca, esta isla tan famosa por sus olivos era una de sus principales guaridas; pero ni la libertad de que tan á su placer allí gozaban, ni los encantos de aquellas dichosas riberas les hacían olvidar sus desiertos, y esperaban con ansia la retirada de las nieves para volver á la independencia salvaje de sus montañas. Habiendo sabido grangearse la amistad de los pastores nómadas que en el verano apacientan sus rebaños en las montañas, hacían por este medio y á precio sumamente módico, grandes provisiones de vituallas; añadiase á esto la gran cantidad de frutas de que abunda aquel afortunado clima y el vino que nunca falta en el *Simeri* (1). Una alegría extraordinaria reinaba en sus alegres festines, y mientras la copa pasaba lentamente de mano en mano, escuchaban con atención las maravillosas narraciones del humilde peregrino ó los melodiosos acentos de algun cantor errante.

Cuanto mayor era la persecución tanto más se aumentaban las filas de los sublevados, ascendiendo ya algunas veces al número de quinientos hombres. Este resultado de una excesiva tiranía, fué bien conocido por un capitán griego.

(1) Los kleftos denominaban así su estancia en las montañas.

Yonsouph, árabe, compañero de infancia del harto célebre Ali Pachá, le dijo cierto día sorprendido de que al cabo de cinco años de guerra, el número de sus tropas fuera siempre en aumento: — ¿Ves aquellos cinco jóvenes que están á vanguardia de la derecha de mis *pallikares*? (1) pues bien, dos de ellos son hermanos, los otros dos parientes y el último amigo de uno de mis valientes, muerto en acción; todos han acudido á vengar la muerte de su pariente y compañero. Os aseguro que dentro de algunos años toda la Grecia se pasará á nuestras filas. — Siendo bastante numerosos robaban los *agas*, saqueaban los pueblos y hasta ponían á contribución las ciudades, lo cual hacían de un modo que rara vez dejaban de conseguir, y el que estaba reducido á enviar el pliego de condiciones quemado por las cuatro puntas, significándoles de este modo que sino obedecían prenderían fuego á la ciudad por los cuatro costados.

A fin de librarse de los infinitos peligros que siempre les rodeaban, necesitaban los kleftos de mucha astucia y firmeza, unido todo esto á un valor á toda prueba. El tiempo de descanso que tenían en el *Simeri* lo empleaban en tirar al blanco: colgaban un huevo de la rama de un árbol y pocos le erraban á la distancia de doscientos pasos. Se ejercitaban también en el salto, en la carrera, y en la lucha, con cuyos ejercicios daban al cuerpo una ligereza y un vigor extraordinario. Citase entre otros á un capitán llamado *Niko-Tsaras*, que saltaba de una vez siete caballos de frente; y á otro llamado *Zacarias* de Morea que adelantaba en la carrera al más ligero caballo. Además estaban acostumbrados á toda clase de privaciones; unas cuantas ramas de árboles les servían de cama, y allí envueltos en unos ropones impermeables de pelo de cabra, con las armas á la cabecera, é indiferentes á la influencia atmosférica se entregaban al más profundo sueño arrullados por el fresco ambiente de las montañas. Se cuenta que ha habido vez de durar una acción tres días con sus noches, en cuyo tiempo no han probado el menoralimento.

Otra clase de valor, muy común entre los kleftos es el que muestran en los inauditos tormentos que dan los turcos á los prisioneros de guerra. Reunen todas sus fuerzas para sufrir tan terrible prueba, permanecen impasibles á los golpes del martillo que pulveriza sus miembros, y si abren la boca es solo para cantar la gloria de sus hermanos y la libertad por que se sacrifican. Podríase creer que endurecidos por un género de vida tan azaroso, se había extinguido entre ellos todo sentimiento de humanidad; sin embargo esto sería un error, porque aunque es verdad que suelen tomar represalias, harto crueles algunas veces, son en los momentos de la exaltación, pero nunca con aquella ferocidad que caracteriza la venganza de los turcos. Una cualidad buena de sus costumbres es el respeto inviolable que guardan á las mugeres ó hijas de sus enemigos, cuando caen en su poder; las miran no como una propiedad por la victoria, sino como un sagrado depósito confiado á su custodia. Esto se observa con tanto rigor que ha sucedido alguna vez matar los *pallikares* á sus gefes, por haber querido atentar al honor de sus prisioneras.

En medio de sus ejercicios bélicos conservan los kleftos un fondo de edificante devoción que brilla con aquella poesía que arroja su mágico reflejo sobre toda su existencia. Cuando el astro de la noche deja paso á los primeros rayos del día, se reúnen todos al rededor de una roca consagrada para oír misa. Después de una victoria ganada á los turcos, el botín más rico que han recogido le ofrecen en voto y colocan en el altar de alguna virgen, guardando siempre en todas sus escursiones un profundo respeto á los templos. Sucedia á veces que un gefe después de hacer las mayores hazañas, emprendía su marcha con el mosquete á la espalda á fin de ir á cumplir á la tierra

(1) *Pallikares*, equivale á soldado.

santa, un voto ofrecido en algun momento de eminente peligro.

De su historia, no nos queda otra cosa sino las canciones en las que consignaban sus batallas. Si es cierta que la lucha de unos pocos contra todos, lucha sangrienta que duró varios siglos y que al fin fué coronada por la victoria, es asunto digno de un canto, nada mas poético que la vida de estos hombres que á fuerza de valor y de sacrificios, lograron conquistar al fin su independencia. Solo algunos mendigos ciegos han sido los dignos cantores del partido perseguido, semejantes á las antiguas rapsodias á cuya cabeza resplandece el venerado nombre de Homero como un astro luminoso. Aquellos poetas que no simpatizaban sino con la parte menos culta de la nacion, iban de pueblo en pueblo cantando las hazañas de los famosos kleftos, acompañándose con una citara semejante en un todo á la de los antiguos. La mayor parte de estos cantos en los que resaltaban sublimes rasgos de una imaginación salvaje, exaltada por aquellas heroicas narraciones, han sido recopilados y traducidos por Mr. Fauriel, de quien tomamos el pasaje siguiente, con el que terminaremos este bosquejo de las costumbres de estos hombres tan poco conocidos, que encendieron en la Grecia la an-

torcha de la libertad, y de las artes, y que fueron los precursores de los heroes Canaris, Bothsaris y Odyseo, cuyos nombres siempre serán pronunciados con entusiasmo:

EL OLIMPO Y EL KISSABOS.

Disputando las dos montañas, el *Olimpo* y el *Kissabos*, se volvió la primera y dijo á la segunda: no disputes conmigo, ¡oh Kissabos; tu á quien siempre hollaron las plantas de los turcos. Yo soy el viejo Olimpo tan nombrado en el mundo. Tengo cuarenta y dos cumbres, sesenta y dos manantiales, en cada uno de los que hay bandera y en cada rama de árbol un klefto. Sobre mi mas alta cima se ha posado un águila que tiene entre sus garras la cabeza de un valiente.

—¿Qué has hecho para verte de ese modo?

—Come, ave, alimentate con mi valor y mi juventud; tus alas se extenderán una vara, y tus garras un palmo. Fui armatola en Lomos y en Xeromenos, y doce años klefto en el Olimpo y en los Khasias. He dado la muerte á sesenta *agás* é incendiado sus pueblos, y no cuento, ¡oh pájaro los albaneses ó turcos que he dejado tendidos en el campo! ¡Pero al cabo me ha llegado la vez!

GLORIAS DE ESPAÑA.

LA BATALLA DE CLAVIJO.

I.



Al morir el rey de España don Alonso el Casto en el año 843 de la era cristiana, cumplió con un deber de justicia y gratitud, designando para que le sucediese al joven don Ramiro, que fué el primero de este nombre entre nuestros soberanos.

Entre don Alonso el Casto y su padre don Fruela, muerto violentamente en la sedición acaudillada por Aurelio, se habian interpuesto cuatro usurpadores en la serie de los reyes godos de la segunda línea, y solo el último de los cuatro, don Bermudo llamado el Diácono, ya porque sus sentimientos fuesen mas dignos de la sangre real que por sus venas corria, ya, (como es lo mas probable) porque se reconociese insuficiente para sostener el peso del gobierno, lo cierto es que renunció la corona y la transmitió á las sienes de don Alfonso, hijo de Fruela, á quien legítimamente pertenecía. Por esta causa, al terminar un glorioso reinado el rey don Alonso, que no quiso perder el renombre de Casto, ni aun por la contingencia de dar un sucesor al reino, cumplió con lo que de él exigian la gratitud y la justicia designando á Ramiro, hijo de Bermudo, su antiguo favorecedor. Sin embargo, los estados de Asturias, y particularmente las personas que por su nacimiento y por su rango tenían derecho á la elección de monarca, no hubieran convenido tan facilmente en la de don Ramiro á no encontrarse en este, prendas y circunstancias que le hacian mil veces merecedor de la corona.

Hallábase ausente de Oviedo en el momento de su elección, y muy en breve tuvo que venir á justificar con su conducta el buen concepto que de él se habia formado. Una elección por justificada que sea siempre deja descontentos; aquellos por lo menos que se han presentado como competidores. En este caso se hallaban entonces algunos poderosos magnates, que habian fomentado sus ambiciosas pretensiones á la soberanía, desde que se convencieron de que el rey don Alonso no dejaria sucesión directa. Ninguno empero se atrevió á levantar el estandarte de la rebelión, mas que el conde Nepociano, un alto funcionario de palacio, que con ayuda de sus parciales, logró apoderarse del mando, y efectivamente fué rey de hecho, hasta que Ramiro llegó á castigar sus temerarias pretensiones.

No partió directamente al encuentro de su rival, el joven monarca, sino que siguiendo el camino que la prudencia aconsejaba, fué á establecerse en un punto que fuese el de reunión para todos sus parciales, y desde Lugo, donde pudo reunir una razonable hueste de todos los adictos á la causa legítima, marchó al encuentro del conde Nepociano. Enorgullecido este con su reciente triunfo, salió tambien con los suyos contra don Ramiro. Los dos ejércitos se avistaron entre Cangas de Tineo y Cornellana; ya van á precipitarse uno sobre otro, ya va á correr la sangre en una desastrosa guerra civil, cuando por uno de aquellos sucesos de que no faltan ejemplos en la historia, ambos ejércitos se unen aclamando á don Ramiro, y el infeliz conde, desamparado de los suyos, ni aun puede hallar su salvación en la fuga, pues alcanzado y traído á presencia del vencedor, se reputa casi por dichoso en trocar la muerte que esperaba, por una perpetua y obscura prision.

Asegurado ya en su trono el rey don Ramiro y sosegadas todas las agitaciones interiores, empezó á ocuparse del pensamiento dominante en todos los monarcas cristianos, cual era el de la guerra con los árabes. No le dejaron estos tampoco pasar muchos dias en la inacción: tenían muy presente la derrota que habian sufrido en

tiempo de Alonso el Casto, y no deseaban mas que llegase el momento de vengar aquella humillación. Creyendo que el nuevo rey no tendría los medios ni la resolución de su predecesor para salir á campaña, se atrevieron á requerirle con su acostumbrado pretexto de guerra, cual era el pago del ominoso tributo de las cien doncellas. A la repulsa digna y generosa de Ramiro, contestó el arrogante califa de Córdoba, armando todas sus huestes, reforzadas con los auxilios de Africa, y viniendo al frente de ellas á invadir y asolar los estados de Asturias y Galicia. No llegaron sin embargo á ejecutar su fatal designio: don Ramiro, aunque sobresaltado por la tempestad que se le preparaba, no decayó de ánimo, y reuniendo cuantos en su reino podían manejar la lanza y la espada, incluso los eclesiásticos, marchó al encuentro de los infieles, hasta las cercanías de Logroño entre Albelda y Clavijo. Allí se dió una muy reñida batalla en la que los cristianos que al principio llevaban lo mejor, empezaron al cabo á ceder de cansancio y acosados por la superioridad de los enemigos. En tan apurada situación, empezaron á ordenar su retirada hacia la montaña de Clavijo, teniéndose por dichosos en que las sombras de la noche que empezaron á sobrevenir, hiciesen suspender las hostilidades, antes que la retirada se convirtiese en manifiesta fuga.

II.

Cuando á favor de las tinieblas y descanso de la noche pudieron los soldados de don Ramiro rehacerse y volver á concertar sus desordenadas huestes, grande fué su congoja al reconocer la inmensa pérdida que habían tenido. Era el parecer de los mas avisados, que se debía levantar el campo y aprovechar aquellos momentos de oscuridad y silencio para ponerse en salvo, pues era temeridad manifiesta esperar el choque de los enemigos en el día siguiente. Don Ramiro, disimulando la pena que en su pecho sentía, andaba consolando á los unos, animando á los otros y atendiendo á cuanto era menester en aquel campo que tan deplorable aspecto presentaba. No se veían mas que grupos de hombres curando algun herido á la rojiza claridad de las hogueras, soldados que con una serenidad envidiable dormían indolentes, sin cuidarse de la muerte que les amenazaba, y por todas partes se escuchaban quejidos, plegarias y lamentos. Don Ramiro, después de haber visitado los centinelas y puestos avanzados en que descansaba la seguridad de todos, se reclinó un momento sobre las mismas penas de la montaña, y sin quitarse la armadura, procu-



ró dar treguas á las penas é incertidumbre de su ánimo, disfrutando algun descanso. Apenas empezaba á conciliar el sueño, cuando una repentina aparición se ofrece á su vista. Era un mensajero celeste en cuyas venerables facciones y magestuoso aspecto cree reconocer al apóstol Santiago, rodeado de todo el esplendor de la Sion celestial.

—No temas, Ramiro, le dice: los enemigos, dueños del campo, te rodean por todas partes; pero Dios está

entre sus fieles servidores. Abandona el sueño, prepara tus huestes y al romper el día ataca á los infieles sin temor; que con el auxilio del cielo triunfará la causa justa.

Don Ramiro despierta, se levanta despavorido: la oscuridad y el silencio reinan todavía por todas partes; pero la misteriosa visión está fija en su mente, y su magestuosa voz aun resuena en sus oídos. Llama inmediatamente á los gefes, á los magnates y á los prelados del ejército, y les cuenta lo que le acababa de pasar. En

la agitacion del monarca, en el entusiasmo que respiran sus palabras, hallan ellos la prueba de aquel hecho extraordinario: la nueva corró rapidamente de boca en boca, la confianza renace por todas partes y los guerreros del ejército, contando con el auxilio divino, ya no temen sino que piden el combate.

Hallábase entonces entre los españoles en el mayor grado de fervor la devocion al apóstol Santiago, el primero que habia predicado en la peninsula las verdades del Evangelio. Era tradicion constante entre los naturales, que despues que el apóstol habia sido martirizado en Palestina, su cuerpo recogido por sus discipulos y abandonado en una barquilla á merced de las olas, habia venido desde el puerto de Joppe surcando el Mediterraneo y el Océano, hasta llegar á Iria-Flavia en Galicia. Hallado despues su sepulcro á favor de misteriosos resplandores, en el sitio hoy llamado Compostela, fué desde luego objeto de culto y peregrinacion de naturales y estrangeros, mientras que la señalada proteccion del apóstol justificó cada vez mas el titulo de patron de España con que todos le invocaban.

III.

Asomaba en el horizonte la pálida y blanca linea que es precursora de la claridad del dia, cuando ya empezaron á ponerse en movimiento los dos contrapuestos ejércitos. Ambos deseaban salir de aquella indecisa posicion, y eran tales los intereses que se habian de ventilar en aquel dia, que aun á trueque de arriesgarlos, todos ansiaban llegar cuanto antes al término de la lid. En los árabes era mayor el anhelo, pues lo sucedido el dia anterior les hacia augurar que cuanto en aquel sucediese no seria mas que el complemento de su victoria. Asomó por fin tras de los cambiantes reflejos de la aurora, el primer destello luminoso del sol, y en breve su resplandeciente disco se elevó sobre el horizonte, inundando el espacio de luz y de colores.

La salida del sol que es para todos los hombres sensibles á las bellezas naturales, un espectáculo tan delicioso y tan magnífico, es para los árabes un momento de éxtasis religioso, en el que hacen una de las mas ardientes plegarias de su secta. Para cumplir con este deber religioso, cesó en el campo árabe todo el ruido y movimiento, y los devotos musulmanes vueltos hácia el Oriente, cuna de su profeta y depósito de sus restos mortales, empezaron su plegaria en medio de un silencio imponente, que por lo sumisa no bastaba á alterar la voz de tantos hombres allí reunidos. En este solemne momento fué cuando lanzaron su tremendo grito de guerra las huestes de don Ramiro.

Nada es comparable á la sorpresa de los árabes, no precisamente por el momento en que los cristianos acometian, sino por la admiracion que les causaba el verse atacados por aquellos mismos á quienes creian consternados y casi rendidos. Esperaban á lo mas una débil resistencia que habia de terminar en una fuga vergonzosa, y no aquel imprevisto ataque que introducía el espanto y la confusion en sus filas. Don Ramiro habia contado con estos momentos de sorpresa, habia organizado su pequeña hueste antes que aclarase el dia, y comunicando á gefes y á soldados el ardor que le inflamaba, se habia lanzado á la batalla confiando en el favor del cielo.

Los árabes habian perdido la impetuosidad que hacen tan peligroso su primer choque, y ademas habian sido sorprendidos; pero vueltos ya de su espanto sostenian sus puestos con valor, y la victoria se mostraba aun muy indecisa. Animábase la idea de la victoria del dia anterior, obtenida sobre aquellos mismos con quienes entonces peleaban, pero en el mismo momento en que mas formidable resistencia oponian, un incidente imprevisto, extraordinario, hizo cambiar el aspecto de la lid y decidió la suerte de la batalla.

Venia al frente de los soldados cristianos: como animándolos y guiándolos á la pelea, un guerrero desconocido, blandiendo su centelleante espada, revolviendo por entre los enemigos sobre su impetuoso caballo, y tremolando erguido un blanco estandarte en que campeaba una cruz roja. Los soldados de don Ramiro se entusiasman á vista de aquel misterioso personaje y teniendo por su apóstol protector, claman:

—¡Santiago! ¡Santiago! ¡Cierra España!

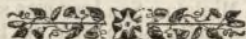
Desde entonces y durante muchos siglos, este ha sido para los españoles al grito de guerra, precursor de tantas glorias bélicas en ambos emisferios. El desnudo con que los cristianos acometen derribando filas enteras, impone á los árabes ya cansados en la lid. Por otra parte el guerrero desconocido que sin recibir la menor lesion, espere el terror y el estérmino en sus filas, les parece ser el ángel exterminador de que hablan sus tradiciones, y al verle blandir su espada de fuego sobre sus cabezas, poseídos de un pánico terror se abandonan presurosos á la fuga.

Grande fué la mortandad de los árabes perseguidos hasta Calahorra, cuya poblacion, así como las de Albelda y Clavijo quedaron en poder del vencedor con infinitos despojos de armas y preseas. Terminada la batalla, nada se supo del guerrero incógnito á quien principalmente se debía la victoria; pero los españoles, no dudando que fuese su santo patron, resolvieron de comun acuerdo, hacerle participe, como á soldado de sus huestes, de la parte que le correspondiese en el botin cogido á los enemigos. El rey perpetuó en cierto modo este agradecimiento con el famoso voto que hizo á favor de la iglesia de Santiago, y la iglesia católica ha dedicado á la proteccion del santo apóstol una fiesta especial que se celebra el veinte y tres de mayo.

Las consecuencias de la batalla de Clavijo fueron de la mayor importancia, como que no solo permitieron á don Ramiro atender á los cuidados del reino, escarmentados sus naturales enemigos, sino que le facilitaron rechazar despues vigorosamente la invasion que los normandos hicieron en 851 en las costas de Galicia. Aquellos piratas, frustrado su intento, volvieron apresuradamente á sus naves, yendo á ejercer sus estragos y rapiñas en las costas meridionales sujetas á los infieles, y contribuyendo así indirectamente á la preponderancia de don Ramiro y sus sucesores.

Tal es el conjunto de este hecho grandioso, comprobado mas que en documentos históricos contemporáneos, en la tradicion constante y en el sentimiento religioso de los españoles, que apellidando al apóstol Santiago, han conseguido memorables triunfos, y han hallado vigor y constancia para lidiar durante siglos enteros contra la media luna, hasta arrancarla de las torres de Granada.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.



ESTUDIOS HISTORICOS.



Vista de Florencia.

UNA PAGINA

DE LA HISTORIA DE LOS MÉDICIS.

1587.

I.

UNA NOCHE EN FLORENCIA.

Las ocho sonaban en el reloj del palacio ducal de Florencia: el sol pronto á desaparecer de nuestro hemisferio entre celages de púrpura y oro, iluminaba con sus últimos rayos la ciudad de los Médicis. La tarde estaba hermosa, encantadora: una templada brisa movía apenas las hojas de los seculares castaños que ostentaban su lozanía en la espaciosa plaza del palacio Pazzi, y se cernía en torno del obelisco erigido en 1564 por la mano del orgulloso Cosme I, para perpetuar la memoria de la batallada Marciano, tan fausta para Florencia y para toda Toscana.

La ciudad de los grandes duques desde la puerta de Patro que está al Mediodía, hasta la de San Miniato y San Vico que la cierran por el Norte, yacía envuelta en la sombra, en el misterio y la melancolía: las mas principales calles tan frecuentadas y animadas otras veces, se veían aquella tarde desiertas y silenciosas: las lujosas

tiendas, y aun las mismas puertas de las casas particulares cuidadosamente atrancadas: las hermosas florentinas no ostentaban como de costumbre sus esbeltos talles y costosos trages, dirigiendo desde los dorados balcones apasionadas miradas á los apuestos donceles reunidos otras tardes en la gran plaza: en vano se hubieran buscado por las calles á las bonitas jóvenes plebeyas con su corto y airoso vestido de seda, encarnado manton y gracioso sombrero de terciopelo negro: únicamente se divisaban de vez en cuando algunos nobles que atravesaban aceleradamente la calle de la Escalada y entraban en el palacio ducal, ó bien en el del cardenal-duque, segun pertenecían á uno de los dos partidos que dividían á Florencia en aquella época.

Grupos de hombres armados, numerosas patrullas de soldados recorrían las calles de la ciudad, y eran los únicos que con el choque de las armas y su paso lento y acompasado, interrumpían el pavoroso y tétrico silencio de los angustiados moradores. Se hubiera creído que toda Florencia aterrada por la escisión de sus gefes, se habia reconcentrado en sí misma temiendo una próxima crisis, y no eran vanos sus recelos.

En aquel momento se fraguaba un ruidoso acontecimiento que iba á trastornar á toda la Toscana, hacer correr mas sangre y cometer mas crímenes que se perpetraran en la antigua y prolongada lucha de los Médicis y Salviatis, del partido noble contra el plebeyo. Era este la coronación de Angela, hija de Blanca Capelo, regenta del reino, y de Francisco de Médicis, último gran duque de

Toscana, que debía verificarse á la siguiente mañana en la catedral de Santa Maria del Fiore.

Dos caballeros ricamente vestidos, y que el gran cordon de la orden de San Esteban pendiente del cuello, revelaba pertenecer á una de las clases mas distinguidas de Florencia, se paseaban gravemente en aquel momento por la plaza del palacio Pazzi; el uno célebre en toda Italia por su valor, su talento y acrisoladas virtudes, era el duque de Ciudad-Castelo, que habia dirigido los negocios del estado en el reinado de Cosme de Médicis: era el otro el heroico Riffoldo, general de las galeras del gobierno, terror de los berberiscos vencidos por él en Famagosta, en Hipona y en Tarento.

—Cuán feliz me considero de volver á veros, mi antiguo y excelente amigo, exclamó éste estrechando afectuosamente entre sus manos las del duque.

—No lo soy yo menos, respondió el duque, y doy mil gracias al acaso; porque despues de tan larga ausencia de la corte, y absoluto olvido de los asuntos políticos, temia no encontrar en Florencia un conocido, y mucho menos un amigo que se acordase de mí: ¡se olvidan tan pronto las amistades de los cortesanos....!

—Esceptuando la mia, si os place, porque es tan sincera y duradera como si se hubiera contraído fuera de la contagiada atmósfera de los palacios..... ¿mas podré saber sin ser indiscreto, qué poderoso motivo ha podido obligar al señor duque de Ciudad-Castelo á quebrantar el voluntario destierro que se ha impuesto por espacio de siete años, para venir á esta ciudad precisamente en circunstancias tan críticas?

—Una carta que he recibido de nuestra jóven reina convidándome á la fiesta de su coronacion.

—Yo creia, respondió Riffoldo, que cuando Murio Cosme habiais hecho voto de no volver jamás á la corte.....

—Es cierto: no ignoraba que los favoritos de los principes difuntos rara vez continúan siéndolo de su sucesor... que el favor que disfruta un ministro escita tal vez mas envidia que el poder de su amo.... estaba persuadido que una prision de estado suele ser la recompensa de los servicios que han prestado los que han sido iniciados en los secretos del gabinete, y que la mas pequeña mudanza puede arrastrarlos á su ruina.... así, pues, al advenimiento de Francisco abandoné la corte proponiéndome no volver jamás....

—Propósito de palaciego, dijo Riffoldo sonriéndose: os veo aquí, con que....

—Debo añadir tambien en mi defensa, que otro motivo, pueril si se quiere, me ha impulsado á volver: cuando nos acercamos al término de la vida, parece que se complace el ánimo en recordar el tiempo pasado.... ¡es tan dulce volver al teatro de las ilusiones de la juventud..... de los primeros placeres....! ¡recorrer aquellos sitios testigos en otro tiempo del poder y de la grandeza.....! os confieso, amigo mio, que este capricho de la vejez no ha dejado de influir.... mas ya que la mas feliz de las casualidades me ha proporcionado la inesperada dicha de encontrar á vos el primero, váisá informarme de cuanto ha ocurrido en la corte durante mi larga ausencia.

—¿Lo ignorais acaso? preguntó Riffoldo con sorpresa.

—¡Todo, absolutamente todo, amigo mio! en mi apacible casa de campo situada en las márgenes del Arno me habia formado un asilo ignorado, misterioso, á donde no llegaba el menor rumor de los asuntos públicos; estaba prohibida severamente la entrada á los periódicos; la politica y sus sinsabores se quedaban en el umbral de la puerta... en este concepto me hareis un señalado servicio....

—Voy viendo que no habeis olvidado del todo vuestras mañas cortesanas: deseais antes de presentaros en el teatro conocer los secretos del bastidor... como gustéis, voy á complacerlos: sin duda sabeis ya que á la época de su casamiento con Francisco de Médicis, Blan-

ca Capelo habia fingido estar embarazada, y á su tiempo presentó como fruto de su union un niño que no era suyo.

—Ignoraba este hecho...., mas proseguid: ¿echó de ver el gran duque esta supercheria?

—Facilmente, mas aborrecia en tanto grado á Fernando su hermano que no malogró esta ocasion; adoptó y reconoció por sucesor suyo al niño, para interponer una barrera insuperable entre el trono y su hermano.

—¿Y Fernando?

—Como podeis suponer no vió defraudar impunemente sus derechos á la corona... desapareció el infante pocos dias despues de su adopcion.

—¿Lo asesinaron? ¿Fernando?

—No hubo pruebas ciertas, pero fácil fué inferirlo: todos le acusaron, y la misma Blanca quedó tan intimamente convencida de ser él el autor del crimen que desde entonces su natural antipatia contra el cardenal degeneró en un odio implacable.... terrible.... Un año despues se hizo la duquesa realmente embarazada, y dió á luz una niña, cuyo nacimiento se ocultó y tuvo secreto.

—¿Con qué objeto, preguntó Ciudad-Castelo?

—¿No lo comprendéis? se temia no sin fundamento que la hija legítima sufriese la misma suerte que el supuesto niño... un nuevo asesinato....

—Si con tanto misterio se ocultó el nacimiento de la niña, ¿cómo llegó á vuestra noticia?

—Porque dejó de serlo para todos: al tiempo de morir nombró Francisco regenta del reino á Blanca Capelo como tutora de su hija Angela, mandando espresamente la hiciese reconocer como legítima heredera.... mañana se verifica la coronacion en el palacio de la regencia, y la tierna hija de Francisco será reconocida y proclamada por la grandeza....

—¿Y vé Fernando esta ceremonia con ojos tranquilos?

—Hasta ahora nada manifiesta, pero nadie duda que se trama en secreto alguna conspiracion: su palacio es el foco y punto de reunion de los muchos descontentos que ha producido la elevacion de Blanca; los hay en el ejército, en el pueblo, y particularmente en la nobleza: ademas el cardenal ha unido á su causa una turba de seres desconceptuados, envilecidos, abrumados de deudas, que pertenecen á todos los partidos, que se alistan indiferentemente bajo todas las banderas, y que medran á la sombra de las revoluciones y de la sangre....

Quando llegó aquí pasaban los dos amigos por delante del palacio del cardenal en cuyas puertas se desplegaba grande aparato de fuerza militar.

—Ved, dijo Riffoldo al duque, señalando con el dedo á un caballero que subia aceleradamente la suntuosa escalera del palacio, aquel es el conde Orsini, consejero intimo del cardenal, y el contrario mas temible de la regenta: si hay en el universo un espíritu mas activo, mas resuelto y profundo que el de Fernando es sin disputa el de ese cortesano. Descendiente de una de las primeras familias de Toscana, atrevido, orgulloso, emprendedor, tan pronto en concebir un proyecto como para ejecutarlo, habia nacido para ser un héroe en el campo de batalla, un político en el consejo, un grande hombre de estado, pero su desmesurada ambicion ha desnaturalizado tan bellas disposiciones, ha cancerado su corazon y envilecido su ilustre cuna, ella lo ha lanzado en la carrera de las revoluciones y de la intriga: me atrevo á asegurar que la mano de ese hombre maneja todos los hilos con que se trama la ruina del actual gobierno, y que la regencia no tiene un enemigo mas temible ni peligroso.

Diciendo esto se despidieron cariñosamente el du-

que para ir á presentarse á la regenta y Riffoldo para vigilar por la tranquilidad publica.

II.

FERNANDO DE MEDICIS.

El conde de Orsini como hemos dicho subió al palacio cardenal, pronunció al oído de los centinelas que custodiaban la entrada, *Fernando y Médicis*, que era el santo y contrasena de los partidarios del duque, y atravesando sin detenerse los vastos salones y la gran cámara de consejo se introdujo en el gabinete reservado del cardenal-duque.

Estaba este sentado en un lujoso sillón, apoyada la cabeza en ambas manos, y entregado al parecer á profundas meditaciones.

Fernando, el descendiente de la ilustre casa de Médicis que dió la libertad á Toscana, que hizo florecer en toda Italia la pintura, la escultura, la poesía y la filosofía, y que en su reinado brillaron los genios de Julio Romano, Juan de Bolonia, Miguel Angel, Pico de la Mirándula, Bocaccio, Dante, Tasso, Bocacio y Galileo, este hombre volvemos á decir, el heredero de tantos principes célebres en paz y en guerra, en el gobierno y en las artes, no estaba desprovisto de aquel carácter de grandeza peculiar á toda su familia; sin ser político profundo tenía el talento necesario para gobernar; sin grandeza de alma demasiado orgullo para hacerse obedecer. A la época en que dá principio esta historia contaba apenas treinta y seis años y ya estaba condecorado con el capelo cardenalicio. Su aspecto exterior revelaba energía y vigor; elevada estatura, facciones marcadas, y color lívido; su mirada audaz y penetrante inspiraba á la vez respeto y temor, al paso que la sombría sonrisa que se asomaba á sus delgados y flexibles labios, y sus pobladas cejas habitualmente fruncidas anunciaban un alma despojada de los mas dulces sentimientos de la humanidad. Ceñía espada y en su cuello se ostentaba el gran cordon de la orden de San Esteban, de la que era gran maestro; Sixto V. que regia entonces la nave de la iglesia le habia autorizado para vestir de seglar, así como algunos años despues lo dispensó del cardenalato y del carácter sacerdotal para que contragese matrimonio con Cristina, hija de Carlos de Lorena y Claudia de Francia.

Al ruido que hizo al entrar el conde, alzó la cabeza el cardenal, y echó una mirada cariñosa á su favorito.

—Y bien Orsini, le dijo, ¿qué hay de nuevo; habeis visto á Blanca?

—La viuda del gran duque de Toscana no es tan accesible como la muger de Francisco vuestro hermano, respondió el conde con tono irónico y maligno, no se me ha dispensado tan alto honor.

Al oír esto el cardenal irritado dió una fuerte patada en el suelo.

—Por vidamia, conde, qué este es un desaire, una injuria dirigida á mi, y que recibo en vuestra persona.

—Y que es el preludio de otras muchas que se preparan á V. A. si no se decide á parar el golpe, añadió el confidente con maligna intencion.

—¿Luego sois de parecer que es necesario recurrir al último extremo?

—Monseñor, yo pienso que en estas circunstancias los medios mas prontos son los mas seguros, y cuanto mas violentos mas ejecutivos.

—La prudencia, amigo Orssini, asegura el éxito de las conspiraciones.

—Pero la prudencia tímida, generalmente las hace

abortar, monseñor; ademas en el dia no estais en el caso de escoger.... dudar es comprometer el éxito de vuestra causa, perderla para siempre, y envolver en su ruina á todos los nobles que han jurado perder en servicio vuestro sus riquezas, su honor, y hasta su propia vida....

—¿Y si los absuelvo de sus compromisos? dijo con frialdad el cardenal jugando con el cordon de la cruz que decoraba su pecho.

—En tal caso, repuso el conde con calor, todo está perdido..... pensais que la inexorable Capelo nos perdonaria? ¿Creeis que ignora ella el nombre de sus contrarios y que no tiene ya las listas de proscripción? ¿Os figurais tal vez que la duquesa está ciega, que no ve ni comprende... que camina al borde de un precipicio sin advertirlo... os equivocais, monseñor, echad la vista en torno vuestro, reflexionad lo que podeis esperar, lo que debeis temer... Blanca Capelo es detesta con todo el odio que os profesaba vuestro hermano, no aguarda mas que la ocasion de probaros que no ha olvidado ni vuestra constante oposicion á su voluntad, ni vuestros ultrages y desprecios... las medidas que toma de algun tiempo á esta parte, demuestran claramente que su intencion es reinar despóticamente... la presencia en Florencia del antiguo consejero de Cosme I. ¿no es una prueba mas que suficiente de la marcha política que se ha propuesto seguir, y de los actos de venganza que señalarán su advenimiento al trono?

—Vuestros temores, señor conde, los hallo muy fundados, contestó Fernando, ¿pero en esta lucha en que vamos á empeñarnos podemos contar con garantías suficientes que aseguren el éxito?... el pueblo....

—El pueblo, monseñor, es como las cortesanas y los aplausos, pertenecen de derecho al que mejor paga.... un poco de dinero, muchas promesas y el pueblo es vuestro.

—Eso puede ser, contestó sonriendo el cardenal, ¿pero podremos decir otro tanto de esa imbécil parte de la nobleza tan entusiasmada con sus privilegios, tan amante de la legitimidad y que por interés, afecion y fanatismo hacen causa comun con el ensalzamiento de Blanca?

—La nobleza es muy fácil ponerla á vuestras órdenes. Lisongead, monseñor, la vanidad de los grandes, nombrad duques á los condes, dad condados á los nobles, prometed la cartera á los ambiciosos de mando, promoved á comandantes á los subalternos, conceded cruces á los necios, prodigad el oro... tendreis, os lo afirmo, de vuestra parte á la nobleza lo mismo que al pueblo.

—Y que dicha será comparable á la vuestra despues del triunfo! Pisa y Ferrara reconocen vuestro poder... Venecia solo aguarda vuestra elevacion para sancionarla.... Pádua os abre las puertas... entonces, monseñor, entonces podreis pretender con el fausto y magestad de un Médicis la mano de Cristina de Lorena, objeto constante de vuestros deseos y de vuestra política.

Cesó de hablar el conde fijando la vista en el cardenal para leer en su semblante la impresion que habian hecho sus reflexiones, pero en vano: no vió en él mas que una calma y serenidad imperturbables.

—La perspectiva que presentais á mi vista es ciertamente muy halagüeña contestó el cardenal despues de un momento de silencio, vuestras esperanzas son fundadas, vuestros planes bien combinados, elevados, heroicos... lo reconozco, empero... he tomado ya mi resolucion: antes de consentir en mancillar mi causa con un nuevo crimen quiero aclarar mis recelos... tendré una entrevista con la regenta... me enteraré de sus planes... cuales son sus proyectos y... ay de ella ¡maldicion! si no se contenta con el título de soberana... mas silencio, estan ahí nuestros partidarios.

La puerta del gabinete se abrió para dar entrada á varios caballeros que el interés personal, la ambicion, turbulento carácter ó precaria posicion, habian ligado á un

partido que prometía reponer á unos en sus anteriores destinos y dignidades de que habían sido despojados por el nuevo gobierno, á otros riquezas, y á todos en fin abierta una brillante carrera para ascender al poder, á los honores... entre estos conspiradores figuraban algunos pertenecientes á las primeras familias de Toscana que, habían adquirido sirviendo al estado una distinguida y bien merecida reputación... estos hombres que sin disputa valían más que la causa que habían abrazado eran Albuzzo, Torbrani, Leon, Esforcia, Piccolomini y Savonarola.

El cardenal los saludó con agrado, y haciéndoles tomar asiento les dijo con voz firme y reposada: Señores el tiempo de las contemporizaciones ha pasado ya: Florencia entregada é intestinas disensiones, blanco de la lucha de todos los partidos, aguarda con impaciencia el orden y la tranquilidad que solo puede darla un gobierno legítimo, firme y paternal: á la Toscana pertenece optar entre Blanca Capelo y yo; entre un poder intruso usurpado con amañes y bajezas ó el poder legítimo y glorioso de un príncipe cuyos abuelos la han gobernado por espacio de tressiglos; á vosotros, nobles señores, corresponde declarar si preferís ser agentes envilecidos de los caprichos de una muger, ó los compañeros fieles en las glorias de un Médicis.

—Vuestros hasta la muerte, exclamaron todos á una voz echando mano á la guarnición de la espada.

—No esperaba menos de vuestra lealtad y amor á la patria, y de la adhesión á mi persona. Señores, el punto de reunión ha de ser el salón del trono... mañana... á las dos estad todos reunidos para que pueda yo conocer de una mirada las fuerzas con que puedo contar: sea nuestra divisa un lazo de raso azul atado al brazo; comunicadlo así á nuestros amigos: escuchad atentos: si al salir del salón presento la mano á la duquesa es señal de que debe ser víctima de nuestros aceros cuando suba las gradas del altar: pero guardaos bien de atentar contra sus días sino advirtieseis esta demostración: motivos poderosos me habrán obligado á renunciar, ó cuando menos á suspender por ahora mis proyectos.

Y poniéndose en pie y tomando de la mesa varios pliegos sellados con sus armas fué entregando á cada uno de los conjurados el suyo diciendo al mismo tiempo: conde Piccolomini, id desde aquí al arsenal: marqués Esforcia vos á la caserna Santa Maria... Señor duque al puerto... prometed en mi nombre á la marina mercante el libre comercio... Albizzi, vos os encargais del mando de la milicia urbana... queda abolido el impuesto sobre las sedas; anunciad esta gracia á los mercaderes y tratantes: estas promociones y gracias son perpétuas: á Dios, caballeros, y tened presente que el gran duque de Toscana nunca olvidará los servicios prestados á Fernando de Médicis.

Todos los agraciados se inclinaron respetuosamente ante el duque y despues de haber renovado el juramento de ejecutar fielmente sus órdenes, y de sacrificarse en obsequio del triunfo de su causa fueron desfilando por delante de los centinelas repitiendo en voz baja: *Médicis y Florencia*.

III.

LOS BLANCOS Y LOS AZULES.

Grande era la magnificencia y régio aparato que ostentaba el palacio ducal el día destinado para la coronación de Angela Capelo. Lo más rico y precioso que han inventado el lujo y las artes se habían reunido para celebrar con la mayor pompa y magestad tan augusta ceremonia: el trono ducal sembrado de águilas de oro, armas de los grandes duques de Toscana, y el régio dosel que lo cubría presentaba un aparato magnífico é imponente: dos bellísimas columnas dóricas de escogido marmol de Carrara sostenían un inmenso pabellón de raso blanco, bordado en oro y guarnecido con largas franjas y cordones del mismo metal; cómodos taburetes de terciopelo carmesí cubiertos con la más rica y exquisita tapicería de Venecia estaban destinados para los miembros de los diferentes cuerpos del estado: elevábanse en segundo término caprichosas tribunas colgadas con costosísimos tapetes de escarlata y oro para las damas de la corte y señoras más principales del reino: en las paredes del salón estaban colocados por orden cronológico los retratos de todos los Médicis desde Cosme I. hasta Lorenzo llamado *el Magnífico*, armados de punta en blanco; el ademán fiero y amenazador con que estaban espresados los ascendientes de esta familia ilustre y belicosa, ofrecían á la imaginación del espectador un conjunto terrible é imponente: cualquiera hubiera dicho que las sombras de aquellos héroes se habían reunido en aquel sitio para oponerse á la elevación de una muger, que sin llevar su sangre y su nombre pretendía y aspiraba á heredar su corona y poderío.

Célebre en Italia por su hermosura, sus amores, sus vicios y ambición, Blanca Capelo había ejercido un poder absoluto en los negocios de estado durante el reinado poco glorioso de Francisco de Médicis. Hija de Bartolomé Capelo uno de los más ilustres señores de Venecia, y sobrina de Grimani, patriarca de Aquilea, su familia pertenecía por sus alianzas á la primera nobleza. Seducida cuando contaba apenas 18 años por el joven Florentino Pietro Bonaventura, dependiente de comercio de la casa Salviati, abandonó la suya paterna para seguir á su raptor, escandalizando é hiriendo en lo más vivo el orgullo de la nobleza veneciana.

En 1576 la vió en Florencia casualmente Francisco de Médicis, y quedó tan ciegamente enamorado de sus encantos, que viuda ya la fugitiva de su primer marido, se desposó con ella en 1581. Desde aquella época el influjo de Blanca en todos los actos de gobierno fué directo y sin límites: opuesta constantemente en el consejo al parecer del cardenal Fernando, su rival y mortal enemigo, desplegó en todas ocasiones la nueva duquesa tal espíritu de intriga, tanta firmeza de carácter y elevación de alma cual no debía prometerse de una simple cortesana: en una palabra Blanca Capelo adquirió en poco tiempo una celebridad igual á la de Juana de Nápoles, Isabel de Baviera, Blanca de Navarra, Isabel de Inglaterra, Cristina de Suecia, y Catalina de Médicis, y otras que fueron á la vez la gloria y el oprobio de su sexo.

Estaba desierto el régio salón: todavía no habían sido introducidas las corporaciones del estado: la regenta en pie ostentaba las insignias de la soberanía: la corona ducal ceñía sus sienes: ante ella estaba respetuosamente un anciano en aptitud de aguardar sus órdenes. Su cabeza poblada de canas, su frente surcada de arrugas, sus hundidos ojos en que brillaban á la vez la inteligencia y el vigor de la juventud, todo su continente anunciaba un conjunto tan marcado de fuerza y de vigor que hubiera podido servir de tipo á las sublimes inspiraciones de Salvador Rosa, de Rembrand, ó de Miguel Angel.

La duquesa se aproximó, y alargó la mano que besó el anciano con el mayor respeto.

—Vengo de dar un abrazo á mi hija, le dijo esta: es la vez primera que logro está dicha! ¡oh Pietro! mi bueno, mi buen servidor! ¡cuán reconocida estoy á vos que hasta ahora la habeis puesto á cubierto de las asechanzas y peligros.... jamás, jamás os apartareis del lado de mi querida hija, la seguireis por todas partes, á toda hora... cuidareis de ella como un padre.... seréis su ángel tutelar.... porque el asesino acecha su víctima, no duerme y.... no concluyó la frase porque al volverse hirió su vista el semblante glacial é impenetrable de Fernando de Médicis. A la imprevista aparición del hombre que mas temía y aborrecía Blanca se estremeció, dió un grito de

sorpresas... pero el cardenal aparentando no haber notado su emocion se descubrió é inclinándose respetuosamente dijo con calma voz:

—He querido, señora, ser yo el primero que os tribute mis respetos y obediencia....

—Es un exceso de cortesania, contestó Blanca con tono irónico, á la que os estoy muy reconocida, mayormente no estando acostumbrada á recibirlos de parte vuestra.

—Confieso, señora, que hasta ahora no ha reinado entre nosotros la confianza y buena armonia que tanto he deseado; sospechas injuriosas de parte vuestra, pretensiones infundadas tal vez por la mia, han contribuido á fomentar esta funesta desunion.... empero todas las querellas de familia deben desaparecer ante la razon de estado y vuestro interés personal.... el porvenir de vuestro poder.... ya me entendeis, ¿no es así?

—¿Nunca os he comprendido, y mucho menos ahora! contestó Blanca con amarga sonrisa.

—Procuraré, pues, explicarme con mas claridad, prosiguió diciéndo el cardenal: un estado que gobernar, descontentos que reprimir, enemigos tal vez que derrocar, son atenciones muy graves para una princesa jóven á quien deben ser mas gratos los placeres.... por otra parte la muerte de mi hermano ha despertado las amortiguadas esperanzas de las facciones, el descontento se aumenta, la ambicion levanta la cabeza por do quiera y es de temer que numerosos pretendientes....

—En mi derecho, fundo mi fuerza, monseñor, y no necesito otra ni la apetezco.

—Máxima errónea, señora! en politica la fuerza es la que da el derecho: ojala que nunca espereméis....

—¿Es un vaticinio ó acaso una amenaza la que se digna hacerme vuestra señoría?

—Ni lo uno ni lo otro, es un simple aviso que me tomo la libertad de daros.

Hubo un momento de silencio.

—Decia, continuó el duque con el mismo aire de indiferencia que habia afectado desde el principio de la conferencia, que para reprimir las tentativas de los partidos y salvar la corona de vuestra hija de los peligros que la amenazan, es indispensable una autoridad mas firme, un brazo mas fuerte que el de una muger..... habia pensado que necesitais un apoyo, y yo he venido á ofrecerlo el mio.

La regenta hizo un movimiento de cólera.

—Vuestro apoyo! exclamó con arrogancia, mas reprimiéndose en seguida prosiguió con la calma y serenidad que le fué posible: y suponiendo que consintiese yo á no reinar mas que de nombre, ¿creéis vos seriamente que pasando á otras manos el poder no llegaria un dia en que fuese funesta esta medida á la causa de mi hija y aun á mi misma?

—Dejaria de serlo, respondió el cardenal, si se confiaba á un hombre de una posicion bastante elevada y de ilustre nombre para que no tuviérais que recelar de su lealtad.

—Por ejemplo vos, ¿no es así, monseñor? creéis que no soy apta para gobernar porque me habeis visto hasta ahora mas ocupada en mis placeres que en los negocios de estado.... porque siendo muger soy incapaz demandar hombres?..... desengañaos, monseñor: desde este dia soy la regenta del ducado de Toscana..... desde hoy quiero gobernar, y gobernar por mi sola; para esto no necesito el apoyo de vuestro nombre, ni los consejos de vuestra experiencia, ni vuestra desinteresada proteccion.

—Sin duda Blanca Capelo ha olvidado, observó con reconcentrado enojo el cardenal, que debe el trono á que me llama mi nacimiento, únicamente al capricho y debilidad de mi hermano, y que soy yo Fernando de Médicis!

—La gran duquesa de Toscana hará ver, si llega ocasion, á sus amigos y adversarios, que se acuerda de sus principios y de su actual posicion....

Un ugiér se presentó en este momento para anunciar

á los cuerpos del estado, que esperaban para ser admitidos.

—Haced que entren, dijo la regenta; Fernando apoyado contra una de las columnas del trono, guardaba silencio tétrico y amenazador.

Fueron entrando por su órden de categoria, el enviado del dux de Venecia, el presidente y miembros del senado, los del consejo de los doscientos, el preboste de los mercaderes, el de la marina mercante, los caballeros de la órden de San Juan, y la nobleza. La mayor parte de estos últimos, ostentando en su brazo la azul divisa, fueron á colocarse al lado de Fernando, componiendo una mayoría imponente: entre estos figuraban en primer término, el conde Orsini, Esforcia, Piccolomini, Albizzi y Tornaboni.

Los del partido de Blanca Capelo que se distinguían por la banda blanca, color de la regenta, se reunieron á la izquierda del trono ducal, estando á su cabeza el leal Riffoldi, el anciano duque de Ciudad-Castelo, J. Maquiavelo, hijo del célebre politico; y Caducci, hijo del heróico marino, que fué decapitado en 1530 por defender la libertad de su patria.

Luego que todos los cuerpos del estado hubieron ocupado sus asientos, el enviado del dux se acercó á las gradas del trono, y haciendo una profunda reverencia á la regenta, dijo:—Señora, enviado por la república de Venecia para reconocerlos por gran duquesa de Toscana, tengo el alto honor de ofrecer en su nombre y en el del senado de Florencia, el homenaje y seguridades de su fidelidad.

—Yo agradezco, dijo Blanca poniéndose en pié, las sinceras pruebas de alianza y amistad que me ofrece V. S. en nombre de los cuerpos del estado, que tan dignamente representa; y tomando en seguida de manos de una dama de honor, á la tierna Angela, preciosa niña de cuatro años, cuyas delicadas facciones, dorado y ensortijado cabello y sonrosada tez, pudiera servir de modelo al divino Rafael; la levantó en sus brazos, y presentándola á los concurrentes, exclamó con fuerte y sonora voz:—Señores, pongo bajo la proteccion de Dios y de vuestras espadas, á mi hija Angela Capelo, legitima heredera del gran ducado de Toscana: á vuestros brazos, á vuestra lealtad iremos á acogernos, si en alguna ocasion los que por su nacimiento y su clase, están mas próximos al trono, se prevaliesen para trastornarlo del poder que han recibido para sostenerlo.

Pronunciadas apenas estas palabras mil vivas y estrepitosas aclamaciones exhalan los partidarios de la reina; por un movimiento unánime y eléctrico, desenvainan las espadas, ponen en la punta los sombreros engalanados con vistosas plumas, y los levantan exclamando con el mayor entusiasmo: ¡ Viva Blanca Capelo ! ¡ Viva Angela Capelo ! ¡ Florencia por Capelo !

Conmovidá en estremo la regenta con tan sinceras demostraciones de amor y fidelidad, con agradable y risueño semblante en que se pintaba su agradecimiento, inclinó la cabeza hácia las corporaciones que la aclamaban; mas, ¿cómo espresar su indignacion y sorpresa, cuando volviendo la vista á su derecha, advirtió que todos los del lazo azul, todos los caballeros de la órden de San Esteban, es decir, mas de las dos terceras partes de los convidados habian permanecido silenciosos, impasibles y fija su vista en Fernando!

Un indefinible movimiento de temor, el presentimiento de alguna próxima catástrofe asaltaron simultáneamente el corazon de la regenta; por la vez primera vislumbró todo cuanto podia temer de la oposicion de un partido que daba pruebas tan publicas de indiferencia y aun de desprecio: su primer impulso fué diferir para otro dia la ceremonia, y tomar enérgicas medidas para poner á cubierto la seguridad de su hija y aun la suya propia; pero esta idea pasó como un relámpago por su imaginacion: tenia mucha firmeza de carácter, mucha resolucion para dar cabida en su pecho á la menor vislum-

bre de temor. Resuelta á todo evento descende las gradas del trono con paso firme y magestuoso y ordena á los convidados la sigan á la catedral.

Durante toda esta escena Fernando que habia permanecido silencioso, tranquilo, y como indiferente á cuanto pasaba á su alrededor, se adelantó hácia la duquesa y presentándole la mano con galanteria:

—Permitid, la dijo, reclame este honor que me pertenece de derecho, *vuestra mano señora!*

—Con que al fin es preciso apelar á vuestro apoyo!

—Señora... hasta el altar.

Y la comitiva se puso en marcha.

—¿Qué reconciliación tan inesperada y chocante! ¿qué pensais de esto? preguntó Riffoldi á Ciudad-Castelo.

—Que es una política digna de Maquiavelo, contestó el duque; y ambos fueron á reunirse al acompañamiento.

IV.

EL 15 DE FEBRERO DE 1597.

Numerosos cuerpos de tropa tenian tomadas todas las avenidas de la catedral de Santa María: el regimiento de guardias completo y muchas compañías de milicia estaban apostadas en la parte exterior del edificio, en tanto que dos compactas filas de ciudadanos armados abrian calle desde el pórtico de la iglesia hasta las últimas columnas del presbiterio. Mercaderes, artesanos, niños, viejos y en especial mugeres, tan amigas de verlo todo, obstruian enteramente el espacio que dejaban libre la fuerza armada y la nobleza: la actitud fiera y amenazadora de algunos conjurados diseminados entre la muchedumbre, realzaban las sombras y oscuros de este variado cuadro.

Pero en tan inmenso gentío no se advertia aquel aire tranquilo, aquella bulliciosa alegría exterior que desplega el pueblo en tales solemnidades: parecia que un secreto presentimiento, un vago temor se habia apoderado de todos los ánimos. Los ancianos recordaban, no sin espanto, que hacia un siglo que en circunstancias muy semejantes, á la misma hora, y en la catedral misma, la facción de los Pazzi y Salvatiis habian desnudado los aceros contra los Médicis, y que sin respetar la santidad del recinto habian hecho correr la sangre á torrentes por las losas de la antigua basilica. Las mugeres con sus hijos en brazos maldecian su curiosidad, y hacian inútiles esfuerzos para abrirse paso entre la muchedumbre y colocarse cerca de la puerta para poder huir en caso de alarma.

El continente de los dos partidos rivales, y en especial el de los dos protagonistas, la regenta y el cardenal, no daban motivo para tranquilizar á la concurrencia. Blanca Capelo estaba serena, pero pálida en extremo; tenia cogida de la mano á su hija y dirigia á todas partes miradas altaneras; pero ni su hipocrisia ni orgullo habitual podian ocultar su mal disimulada inquietud. El semblante de Fernando no revelaba ni esperanza ni temor; frío, impenetrable, sabia hacerse superior á todos los acontecimientos, y ocultarse á todas las investigaciones y conjeturas. La tierna Angela era la única que daba un tono de colorido suave y poético á este cuadro lugubre y fatídico: vestida con una túnica tan cándida como su alma, sin recelo en medio de la oculta agitación de los espectadores, sin parar atención en la pompa que la rodeaba, sonreía con angélica dulzura á los hombres armados, á aquellos rostros sombríos, ante aquellos desnudos aceros que muy pronto iban á dirigirse contra su inocente pecho.

Habia terminado el oficio divino: el arzobispo de Flo-

rencia tomando con ambas manos la corona colocada sobre el altar iba á ponerla en la cabeza de Angela; ya la regenta que no habia dejado á su hija de la mano durante toda la ceremonia se inclinaba ante el prelado, cuando el conde Orsini que estaba á su espalda con la rapidez del rayo, y antes que nadie pudiera advertirlo, sepulta su puñal en el pecho de Blanca: arroja á la muchedumbre la ensangrentada arma y con estentorea voz esclama:—¡Muerte á los Capelos!

Herida bajola tetilla izquierda la infeliz duquesa aplica prontamente la mano á su pecho, anegada en sangre hace un esfuerzo para incorporarse, mira al pueblo y cae exánime en las gradas del altar.

El espanto que se apoderó del ánimo de todos los espectadores, los gritos de la gente armada, los clamores de las mugeres, la sorpresa, el terror, el estupor de la muchedumbre formaban un cuadro imposible de bosquejar, pues quedaria muy inferior al original: en un momento se desbarataron y mezclaron las filas, las madres cogiendo en brazos á sus hijos procuran huir con su preciosa carga: el pueblo que ocupaba el interior del templo animado de un mismo instinto, de una misma esperanza, se lanza hácia las puertas, pero es rechazado por violentas oleadas, y los que no pueden resistir á tan encontrados choques caen en tierra, y son sofocados y estrujados bajo los pies de la muchedumbre.

Mientras esto sucede los nobles partidarios de Blanca desnudan sus espadas gritando: ¡traición! ¡traición! á cuya exclamación resuenan por todos los ángulos del templo numerosas voces que gritan: ¡Viva Médicis! ¡muerte á los Capelos!

En el mismo momento principió una de esas terribles escenas que por desgracia ensangrientan frecuentemente las páginas de la historia de las naciones. No habiendo espacio para el ataque, recursos para la defensa, ni lugar para la retirada, precisados á combatir, á morir ó vencer en el sitio mismo en que habian tirado las espadas, los blancos y azules se batian cual fieras feroces con la mayor furia y encarnizamiento: caian por todas partes miembros mutilados: la lucha era de cuerpo á cuerpo, un duelo de hombre á hombre, inaudito y horroroso por el estrecho sitio en que se libraba el choque, por el reconcentrado furor de los partidos, por la desigualdad del número de combatientes, y aun por la santidad del lugar en que se representaba tan cruenta tragedia.

En breves momentos montones de cadáveres cubrian el pavimento de la antigua catedral, y arroyos de humeante sangre corrian por las marmóreas losas, saliendo cual desbordado rio por las puertas para anunciar á la aterra da Florencia que la enconada cólera de los partidos acababa de abortar un nuevo crimen.

Empero ¿qué habia sido de la tierna Angela durante los criticos momentos de tan encarnizada lucha? Infructuosas y sin resultado fueron las pesquisas de los conjurados; imposible fué el averiguar su paradero, ningún indicio manifestó su existencia. Unicamente hubo algunos que afirmaban que en lo mas crudo de la pelea habian visto dos caballeros con lazo blanco, que espada en mano se abrian paso por medio de los combatientes siguiéndoles de cerca un anciano que llevaba en sus brazos á una niña: añadian que habian seguido con la vista aquel interesante grupo hasta que llegando á la puerta del templo habia desaparecido: todas las diligencias que se practicaron se redujeron á estas vagas noticias, y nunca pudo saberse de un modo positivo si alguna mano amiga habia salvado á la bella Angela, ó si acaso habia sucumbido bajo el hierro enemigo.

Dos horas habian transcurrido desde la tragedia que acabamos de bosquejar. Blanca Capelo tendida sobre un sofá del palacio ducal, á donde la habian conducido algunos fieles servidores, estaba espirante en medio de los dolores de la mas cruel agonía; el cardenal duque y su co-

mitiva acababan de entrar en el régio salon, mas sea venganza, ó lo mas cierto querer sustraerse de las postreras maldiciones de su víctima, ello es que se paró imponiendo silencio con la mano á los que le acompañaban. El viejo Pietro, pálido como la muerte, inundado de lágrimas su venerable rostro y canosa barba, estaba arrodillado junto á la duquesa sosteniendo su cabeza con sus leales manos.

—¡Dios mio, ah! ¡cuánto sufro! exclamaba la moribunda con interrumpida y apagada voz, ¡qué horribles tormentos....! ¡los crueles me han herido en el corazon.... infames!.... morir....! tan jóven.... siendo reina.... siendo madre.... en el momento en que debia cuidar mas de mi hija! ¡Oh esto es terrible! hija.... hija mia, añadió de repente como si una idea súbita y despedazadora hubiese herido su imaginacion, y haciendo esfuerzos para incorporarse plegaba sus heladas manos en ademán de súplica y repetia: ¡Ah! por favor, por piedad para una madre.... que se muere.... que me digan que ha sido de mi pobre hija.... de mi querida Angela....

—¡Está en salvo, señora! contestó el afligido anciano en voz baja.

—¡Se ha salvado!... querido Pietro, ¿se ha salvado? júramelo por tu alma.

—¡Os lo juro por mi eterna salvacion!

—¡Ah! ya muero tranquila!

Y señalando con lamano al cardenal que parado en medio del salon conversaba por lo bajo con sus partidarios:

—¡Pietro, exclamó, miralo! allí.... allí.... á aquel monstruo todavia horrorizado de su crimen.... es mi asesino.... Adios, mi leal servidor, cuida de mi hija!... Dios de piedad.... venganza!

—¡Justicia! dijo el anciano con solemne voz.

En este momento se abrió la puerta del salon y entrando el conde Orsini dijo al cardenal:

—¿Gusta V. A. asomarse al balcón? todo el pueblo reunido en la plaza de palacio pide á grandes gritos ver á su soberano.

Blanca habia oido estas últimas palabras, y su orgullo ofendido, mas poderoso todavia que las agonias de la muerte, reanimó sus debilitadas fuerzas: por un esfuerzo convulsivo, eléctrico, se pone en pié, estiendo sus ensangrentados brazos hacia el conde y con lúgubre voz que espresa su rabia y desesperacion esclama:

—¡Mientes traidor! aqui no hay mas que una soberana, y esa soy yo!... ¡siempre yo! duque de Médicis.... os mando que no os movais de ese sitio... ¡ah....!

El cardenal y su comitiva se aproximaron al sofá en que la regenta acababa de espirar: consideró aquel en silencio el cadáver lívido y ensangrentado de Blanca Capello, y luego volviéndose al conde dándole un golpecito en el hombro le dijo:

—¡Ya soy gran duque de Toscana!

JAVIER DE ASED.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

DE LA FIESTA

Y PRACTICAS DEL CARNAVAL;

Y DEL BURLESCO ENTIERRO DE LA SARDINA.



ICEN algunos escritores que Carnaval quiere decir: *Adios carne*, porque en lo antiguo estaba prohibido este manjar en toda la Cuaresma. Los autores latinos le denominaron *carneo levamen*, y tambien *carneisprivium*, de lo que se originó nuestra voz Carnestolendas, que tiene el propio significado, siendo de notar que en nuestro

lenguaje antiguo se llamó el Carnaval *Entroido* de Introito, del que se compuso el nombre de *Antunejo*, con que se designa aun en Castilla la Vieja, manteniéndose el de *Carnavallane* ó *Carnavale* en Italia, que tiene el propio significado.

Designa la espresada voz para la inteligencia general, el tiempo que media desde la Pascua de Navidad al miércoles de Ceniza, época en que los pueblos se entregan al placer y á la diversion, creciendo esto á medida que se acerca el tiempo de la abstinencia y de la penitencia en la contemplativa Cuaresma, y acabando en una orgía bulli-

ciosa y terrible en los tres últimos dias del Carnaval, que son su verdadero trono y el espacio de tiempo en que la locura se apodera de todos los pueblos. Dice un autor que las festividades del Carnaval son muy útiles, particularmente en los países del Norte, porque sacan á la humanidad de la tristeza que engendra la estación en que se celebran; nosotros que somos de opinion de que el pueblo debe proporcionarse todos los goces posibles para entreteñerse en sus dias ociosos, participamos de aquella doctrina, porque vemos fué la que siguieron los sabios pueblos de la antigüedad, de los que se originan estas fiestas. En efecto, el Carnaval no es otra cosa que una reminiscencia de las Saturnales, en las que los esclavos se disfrazaban de señores, siéndoles permitido el mofarse é insultar á estos, llegando á caer en tal escándalo de prácticas y disoluciones, que hubo que prohibir en Roma estas fiestas, 486 años antes del nacimiento de Cristo. La edad media, que fué el emporio de la aristocracia y el verdugo del pueblo, prohibió á este la diversion, so pretexto de religion; pero los señores entre sí se entregaban á todos los excesos y regocijos del Carnaval, y cuando daban participacion á los plebeyos, era siempre para hacerles experimentar el peso de su cruel despotismo. Sin embargo, de concesion en concesion, y de desobediencia en desobediencia, llegó por fin el pueblo á ser el alma del Carnaval, y desde entonces fué este mas bullicioso y alegre, porque confundidas en sus fiestas todas las clases, la careta y el disfraz las ignala, siendo el mas ilustre y grande el que es mas comedido en la orgía, y el que mejor uso sabe hacer del disfraz que le oculta y desfigura.

Por lo general en los pueblos de corto vecindario, solo se tiene por *Carnaval* los tres dias que preceden al miércoles de Ceniza, si bien las vueltas del día de San Anton,

es la primera mascarada del pueblo; pero en las capitales y en particular en las c6rtes, se empieza á sentir en festivos bailes desde el 6 de enero, fiesta de la Epifania. Venecia, cuyo Carnaval ha sido el mas famoso de que nos habla la historia, empezaba sus fiestas el segundo dia de la Pascua de Navidad, á escepcion de algunos años en que el célebre consejo de su república, llamado de los *Diez*, tenia por conveniente prorogar su apertura. Desde que se verificaba esta, era una Babel aquella ciudad, á la que acudian multitud de gentes de todas las naciones, pues que sus calles y magnífica plaza de San Marcos, se llenaban de máscaras con vistosos y estraños trages, de farsantes, que sobre elevados tablad0s representaban óperas y comedias, y de polichinelas, volatines y predistigitadores que divertían á la multitud con sus suertes, al paso

que todos se burlaban y zumbaban con gresca y algarabía unos á otros. Por do quier se veían mesas de juego, en donde se cruzaban las mas grandes fortunas, causando la alegría de algunos y la ruina de los mas, no faltando entre los jugadores principes y señores que comprometían su dignidad y sus estados á la vista de una carta. Cuantas locuras y escesos pueden concebirse, tenían lugar en este famoso Carnaval, y así es que á la vista de tal orgía, los embajadores turcos que las veían en esta ciudad, y en otras de Europa, y que por la ignorancia en que estaban de sus idiomas, no comprendían el sentido de las acciones y palabras de los que se divertían; creían é hicieron concebir á sus c6rtes, que en cierta época del año se volvían locos los cristianos, de cuya enfermedad se curaban acudiendo al templo en donde los sacerdotes les aplica-



El entierro de la Sardina.

ban sobre la cabeza un poco de ceniza diciéndoles ciertas palabras mágicas, con lo cual les devolvían el perdido juicio. Dice un autor moderno, que del Carnaval de Venecia podria decirse lo que dijo Tácito de los juegos *Juvenales* instituidos por Neron: *Unde corruptus moribus accessit libidinum colluuios post natos homines longe máxima*. Por cuanto acabamos de decir se conocerá con cuanta razon se denominó al Carnaval de Venecia el *rey de los carnavales*, al que todas las naciones rindieron tributo; pero desde que Napoleon, á últimos del siglo pasado, reformando las repúblicas antiguas de Italia, abatió la soberanía de su aristocrática y funesta república, poniendo á Venecia bajo el cetro de hierro del Austria, apenas se vé el gran canal, y esto el martes de Carnaval, con algunas góndolas llenas de máscaras, tan frias en su grotesca y pobre diversion, como fueron entusiastas y elegantes en las alegres carre-

ras y ricas mascaradas nacionales de los tiempos de su poder y grandeza.

Si no temiésemos cometer una falta cronológica, diríamos que los venecianos tomaron sus mascaradas nauticas de los marinos árabes de nuestras costas meridionales de Andalucía, Mallorca, Valencia y Málaga, y en Sevilla en el Guadalquivir, puesto que consta que celebraban, en los tiempos de su dominación en España, graciosas mascaradas, recorriendo los puertos y costas en sus engalanadas lanchas, vestidos y disfrazados con vistosos trages, y cubriéndose el rostro con espantosas y grotescas caretas, en los dias de sus bulliciosas Carnestolendas. Así se vé en sus graciosos romances moriscos y por las citas de sus sabios escritores y en particular por Abelenia-Abdalla-Ben Imen, en su historia de *L'Andalus* que tradujo y publicó en Sevilla en 1642, en un tomito en 8.º, el licenciado don

Pedro Gurrea. El festivo Felipe IV recordó en su reinado las mascaradas náuticas de los árabes, convirtiendo su real sitio del Retiro en otra Venecia, y así es que en sus estanques se vieron en los días de Carnaval bellas canoas lujosamente empavesadas, en las que el alegre monarca disfrazado, paseaba con sus cortesanos vestidos de máscara y con mil rarezas y alimañas.

La Semana Santa y el Carnaval, son ciertamente las épocas del año en que se confunden en Roma todas las clases, y en las que se aumenta considerablemente la población de aquella ciudad soberana del mundo, por multitud de forasteros y de extranjeros que acuden allí á admirar la orgia mezclada con la santidad, el placer con la penitencia, contraste singular que resalta en la reina del cristianismo mas que en ciudad alguna. En parte alguna se reúnen mayor número de máscaras que en Roma, pues es tal la afición del pueblo á esta diversion, que hasta los mas infelices guardan sus disfraces ó se los hacen con preferencia á un traje, para pasear en el Corso los días de Carnaval, disfraces que si bien extraños y caprichosos, son limpios y decentes, y no sucios y asquerosos como los que acostumbra á usar nuestro pueblo y el francés en tales días.

Con antelación á los tres días de Carnaval, se levantan en el Corso grandes y altos tablados en los que se colocan asientos que se alquilan para ver la fiesta, y se entapizan y cuelgan todas las casas, distinguiéndose por sus ricas colgaduras, el Palacio y el de Ruspoli en el que se adornan lujosos palcos para la aristocracia. La fiesta empieza el Domingo de Carnaval á las dos, hora en que dá la señal la *Patarina*, campana de Vitervo que solo se toca en este día y hora, y en la muerte y elección de los papas. En el momento se vé lleno el Corso de máscaras, y entran en él dos hileras de coches y una de carrozas en medio, llenas de máscaras y de músicas, esmerándose en cada carruaje en lucir significativas y vistosas alegorias. La diversion principal de esta magnífica carrera consiste en apedrearse unos á otros con infinidad de dulces y de confites de todas clases, con los que cubren á las damas que sufren con gusto tan dulce combate, máxime si son dirigidos los dulces tiros por el amor. Disfrazadas las damas con sus rústicas villanellas, con sus airosos pagliacette ó con el traje de judías, que son los trages mas de su agrado, reciben de parte de sus adoradores los amorosos y espresivos ramilletes ó los perfumados billetes, por medio de las *Scaletti*, escalerillas ó tigeretas de resorte, como las usadas por nuestros estudiantes de la tuna para subir á los pisos altos la alcancía ó caldereta en que recogen la limosna. A este efecto recorren el Corso unos enmascarados vestidos de jardineros y cargados con estas escalerillas tan favorables á los amantes, disfrutando estos en el Carnaval el singular privilegio de poderse comunicar de este modo con sus queridas.

En lo mas recio de esta báquica algazara, se oyen cánticos religiosos, y entran en el Corso pendones, cruces y estandartes conducidos por las cofradías de penitentes de todos los colores, los cuales conducen en procesion lúgubre á la iglesia de San Carlos, el cadáver de uno de sus hermanos. Al entrar en la carrera este entierro, se paran todos los coches, se arrodillan las máscaras y todo queda en el mas profundo silencio, que se rompe con estrépito, luego que pasa el cortejo lúgubre, empezando de nuevo la interrumpida gresca, hasta que oyéndose á las tres un redoble de tambores en las plazas de Venecia y del Pueblo que se repite á la media hora, se retiran todos los carruajes quedando solo en el Corso las gentes de á pié y la tropa que le rodea en aquel acto. En seguida vienen sable en mano los dragones alineando á la gente, y con la misma ligereza que se divide nuestra plaza de toros en ciertas corridas, se cierra la calle con un cable grueso, colocándose detras unos 15 caballos,

tenidos del freno por otros tantos palafraneros ricamente vestidos, los cuales van vistosamente enjaezados con plumas y ricas gualdrapas, de las que cuelgan bolas de plomo llenas de agudos pinchos que les hieren, estimulándoles ademas con yesca y mechas encendidas que les aplican á las partes mas sensibles, lo que les enfurece de tal modo, que se muerden y destrozan entre si, acometiendo á los palafraneros que les detienen, los que pugnando con ellos para sujetarles, son no pocas veces estropeados y pisoteados, cosa que divierte al pueblo que recuerda en esta terrible lucha de hombres y caballos, los sangrientos combates de gladiadores y leones con que se divertian sus antepasados. Perdonemos Roma si decimos que tan terrible espectáculo, no es menos bárbaro que nuestras corridas de toros tan combatidas por su euforia. Dada una señal convenida, bajan el cable que detiene á los caballos, los cuales, viéndose libres, parten furiosos á todo escape entre las vallas hasta llegar á la meta que cierra la calle, dando fin á la carrera entre el palacio Torlonia y el de Venecia, desde el que el juez nombrado proclama el nombre del caballo vencedor que es el que llega antes á la meta.

La fiesta de Carnaval se acaba en Roma en los dos primeros días al anochecer siendo la señal el toque del Ave-Maria á cuyo sonido todos se santiguan y retiran para prepararse al *festino* que así denominan al baile que se dá en el teatro *Aliberti*: pero al anochecer del martes de Carnaval, se ilumina á toque de campana el Corso y las referidas plazas, con multitud de candelillas que llaman *mocoli*, y saliendo todas las máscaras á la calle con bugias encendidas empieza una infernal gritería en la que se oyen las voces *«Ammazato quello che nou ha el mocolito»* muera el que no tenga candelilla. La principal diversion de esta fiesta que dura toda la noche, es el de procurar apagarse unos á otros la luz, aumentándose la risa y gritería á cada bugia que se apaga. El toque del alba es el puñal que asesina al Carnaval en Roma, pues sonando un grito lúgubre general, que dice: *«E morto il Carnevale»* se apagan repentinamente todas las luces, se quitan las caretas, y todo el mundo se precipita en las iglesias á recordar su esencia y su fin tomando la ceniza de manos del profético sacerdote.

Hemos leído en un romance antiguo de Morana que hemos visto confirmado por una mística disertacion contra los bailes públicos del padre carmelita fray Diego de los Santos, que en Toledo y en otros pueblos acudian los fieles á la iglesia el martes de Carnaval, llevando candelillas en las manos en bien de las benditas ánimas del purgatorio, y que las cofradías de penitentes y disciplinantes recorrian las calles en procesion cantando letanias, en desagravio á Dios de los pecados que se cometian en el Carnaval, y que los *exorcizadores* pronunciaban oraciones para lanzar de aquellos sitios á la muchedumbre de demonios que habian sido convidados á la orgiasca fiesta. Tal vez se originen de esta costumbre algunas festividades de nuestras iglesias en las que se tiene en estos días ejercicios piadosos en desagravio.

Despues de los carnavales de Venecia y de Roma, el de Milan ha sido y es desde muy antiguo uno de los mas solemnes y en el que preside un lujo asiático en sus paseos y bailes. No acaba en esta ciudad la fiesta como en las demas partes con la ceniza del miércoles, si bien en muchas la *Pinata*, ó baile de la dulce olla, celebrada el domingo siguiente, ha invadido el terreno de los cuarenta días de meditacion cristiana, sino que se repite con doble entusiasmo y locura el jueves y sábado primero de Cuaresma con la fiesta grotesca de los *Coriandoli* de su *Carnavalon* que son unos anises gruesos de yeso, fabricados de expreso y que se venden por sacos para la infernal pedrea. Eran en lo antiguo los *Coriandoli* verdaderos anises, almendras bañadas en azúcar y dulces de todas clases, pero la economia, parienta por lo general de la pobreza, los

convirtió en tan vil material, que sin provecho del apetito, solo sirven para fastidiar al prójimo.

Es costumbre en Milan en estos dias, pasear por las calles principales de máscara en coche ó á caballo ó á pie, vestidos los hombres con *makintosu* (gaban blanco) y sombrero y guantes del propio color, y las damas asisten á los balcones y ventanas enteramente abiertas y sin vidrieras con mantones y trages que no importe echar á perder. Consiste la diversion en arrojar desde los balcones á los pasajeros y vice-versa puñados de *coriandoli*, ya con la mano, ya con *scoppes*, especie de cucharones de madera con mangos de ballena para poderles arrojar con mas fuerza sobre el paciente á quien saludan con ellos. Se mueve tal granizada y polvareda que se oscurece la atmósfera muchas veces en las calles principales, cuyo pavimento se pone enteramente blanco como si estuviese nevando. Cuanto mas se quiere á la persona que se ve pasar, mayor es la granizada, y por lo tanto el amante querido halla la correspondencia sobre sus costillas y cabeza midiendo por el mayor ó menor golpe que siente la intensidad del amor de su Cloris. Los curiosos que solo acuden á la fiesta por divertirse y que no tienen que descubrir en el golpe la correspondencia de su Pichona, llevan fuertes paraguas para guarecerse de la granizada. Los aldeanos ó lugareños sorprendidos con tan estraña lluvia, corren asombrados á librarse de esta liorna, pues las máscaras les abruma á *cariandolazos* y silbidos hasta sus posadas, de las que salen á sus pueblos á publicar que los milaneses se han vuelto locos. A pesar de ser de yeso los *coriandoli* asciende á miles de pesos el valor de los que se arrojan, habiendo fabricantes de ellos sumamente ricos, lo que solo puede concebir el que haya visto esta fiesta en Milan, los que le habrán concluido alegremente ya en el Corso de los carruages en que se ostenta el mayor lujo del mundo, ó en los elegantes bailes de las noches, particularmente en los del *Casino novile*, sitio en donde se divierte la aristocracia.

La fiesta carnavalesca de los *coriandoli* se verifica tambien en España en los dias gordos en la ciudad de Tudela; pero sus *pipoteros*, son mas galantes y caballerosos, como cumple á la gravedad y galanteria española. Llámase *pipoteros* á las máscaras, y los tudelanos son tan aficionados á ellas, que en esta época hasta las personas mas graves se entregan á las delicias de Momo. Los trages mas apreciados son los de valencianos, roncaleses, y marineros, y todos llevan por banda una funda de almohada dispuesta de modo que quede abierta la boca para llenarla de dulces y de toda clase de confituras. Llevan colgada de un palo una bota devino henchida de aire, que es el arma con que los *pipoteros* saludan en las espaldas al que se le acerca, costumbre tambien madrileña del pueblo bajo, si bien usan de una vegiga de buey en vez de la bota. Consiste la diversion en apedrear los *pipoteros* á las damas que están á los balcones con dulces y confites, lo que no pocas veces causa chichones y golpes infortunados; pero mientras unos tiran y reciben los dulces, otros se entretienen en dar botazos á los muchachos y patanes que se bajan á recoger los que caen al suelo. En esta diversion se emplean muchas arrobas de dulces, y cuando estos se acaban en las confiterias, se emplean onzas de chocolate; y son los tudelanos tan entusiasmados por esta diversion, que cuando ha estado prohibida, ha habido años, en que para empezarla han encerrado los mozos á los alcaldes en sitios á donde los llevan con engaños, y aun cuando despues les daban libertad no podian ya evitar la fiesta.

No es menos bullicioso el Carnaval en Paris que en los pueblos de su cuna y si bien sus bailes aristocráticos y sus escenas de disfraces no ofrecen la suntuosidad de aquellos, escude en cierto modo su pueblo al de Roma en su afición á la orgia, en su famoso paseo del *Buey gordo* y en su báquica noche última donde se agota el placer

en la *Descente de la Courtille*. Ven algunos autores en la fiesta del *Buey gordo* de Paris, una alegoría, por celebrarse siempre hácia el equinoccio de la primavera, época en que se halla precisamente el sol en el signo Tauro, venerado por los antiguos, y muy particularmente de los galos, que adoraban entre sus divinidades al toro con la estola pontifical y las tres grues proféticas. Tambien puede el toro de los galos haberse tomado del Apis egipcio. Los chinos en su fiesta á la primavera, pasean un buey que matan despues, cuya carne reparte el emperador entre los mandarines. Empero aun cuando los franceses no tuvieran estos ejemplos que citar como origen, podrian hallarle en las mitologías, en donde se vé al padre de los dioses convertirse en toro para robar á Europa; á Cibeles y Triptolemo ir en carros tirados por bueyes etc., costumbre que tuvieron tambien los reyes de Francia de la primera raza.

Desde los tiempos mas remotos se ha paseado en los dias de Carnaval un enorme buey por las calles de Paris, conduciéndole en pompa y al son de alegres músicas, á las casas de las principales autoridades y al palacio del rey, de cuya práctica se originó el juego de los muchachos de Paris llamado *le bœuf mori*, el que consiste en coronar de flores á uno de ellos y conducirlo entre cantares hechos al efecto, como al sacrificio: para nosotros el *Buey gordo*, es una reminiscencia del antiguo sacrificio del Taurobolo ó de las Ecatombes de los gentiles.

Esta antigua costumbre que consta por años en los registros del Parlamento de Paris, se prohibió en 1791 así como el Carnaval, por el gobierno revolucionario, pero el ilustrado Napoleon la restableció con solo la diferencia de que el rey de los carniceros que en lo antiguo era un niño con banda, cetro en una mano y espada desnuda en la otra, se convirtió en Cupido con carcax y antorcha. Como ocurriesen muertes de niños causadas por resfriados tomados en esta procesion se suprimió el Rey ó el Amor sobre el Rey, y en vez de este se le dió un carro olímpico en donde iba cerrando la procesion acompañado de la grotesca corte de Júpiter á pie, á caballo ó en carruages.

A fin de que nuestros lectores puedan formarse una idea, (los que no la hayan visto) de esta singular procesion, pondremos el programa del paseo que tuvo lugar en febrero de 1845, en Paris. Decia así: Abrirán la marcha varios guardias municipales á caballo, seguirán despues dos heraldos con trages ricos, un tambor mayor con uniforme del tiempo de Luis XIV, ocho tambores y treinta dos músicos del 14 de ligeros magníficamente vestidos. Seguirá á caballo Mr. Roland, carnicero, dueño del *Buey gordo*, Mr. Conet padre, que le ha cebado, el Inspector general de la carnicería, y Mr. Hersen, maestro de ceremonias tambien á caballo. A estos seguirán: Luis XIV, un caballero de su corte, Luis XIII, un gran funcionario, dos mandarines, el emperador de Marruecos, dos principes marroquies, Francisco I, el duque de Borgoña, el duque de Lorena, un caballero de la corte de Francisco I, Enrique III, un caballero de su corte, el preboste de Paris, dos pages de Francisco I, dos pages de Luis XIV, dos elegantes del tiempo de Luis XIII, dos pages de este, dos caballeros de Luis XIV, otros dos de Luis XIII y dos gefes de la guardia de Carlos VI. Detras de este magnífico cortejo, irá el *Buey gordo*, denominado el padre Goriot, magníficamente enjaezado con penacho de plumas sobre la cabeza, y escoltado por un conductor, cuatro sacrificadores y un gefe de estos y dos liectores, todos vestidos á la romana. Cerrará la procesion un magnífico carro triunfal cubierto con terciopelo carmesí, ruedas y adornos dorados, y tirado por cuatro famosos caballos con penachos y con ricas gualdrapas y mantillas de terciopelo encarnado con franjas y flecos de oro. El carro le conducirá á el templo: en este carro y debajo de un rico dosel, irá el Amor acompañado de Júpiter con sus rayos en la mano, y á sus lados Apolo protector de los ganados y de las bellas artes,

Hércules, Mercurio y demás divinidades del Olimpo. La procesion recorriendo las calles principales de Paris, se dirigirá segun costumbre al palacio de las Tullerias, en donde el *Buey gordo* hará su visita al rey.

No acaban las locuras carnalescas de Paris en la procesion de su famoso Buey gordo, ni en sus estrepitosos bailes; su locura, su orgia principal en la que se agota el Carnaval hasta la sheces, es en la *Courtille*, el mártes por la noche, donde se baila, come y bebe hasta el día siguiente, en cuyo amanecer se aumenta la gresca con los que habiendo dormido, vienen á ver el desorden y embriaguez del pueblo, á lo que se denomina la *descente de la Courtille*, cuya salida de aquellos sitios suele durar hasta el mediodía.

Si la procesion del Buey gordo de Paris se tiene por algunos por una reminiscencia de la que se hacia en la primavera en Egipto al buey Apis, puede sacarse tambien origen egipcio á nuestra farsa carnalesca del *Entierro de la sardina*, pues que es una semejanza de la procesion del dios Canopo en la que las mugeres se embriagaban con ópio, é insultaban á los pasajeros en esta fiesta; de las de Osinci, en que se llevaba su Falo á la cabeza de la procesion de Otoño, como simbolo de la fecundidad; de las de Isis que dieron origen á las fiestas bacanales de Roma; de las de Mitras de los persas etc. Empero si algo puede asemejarse nuestro Entierro de la sardina con algunas de las prácticas de aquellas fiestas á ninguna se asemeja tanto como á la procesion de Latopolis en Egipto en la que se llevaba en triunfo al pescado latos que dió nombre á esta ciudad, y á otros pescados sagrados del Nilo. La gresca supersticiosa de aquella procesion, es la que mas conviene á nuestro Entierro de la sardina, puesto que mas bien que un acto piadoso y serio, se tomaba como en las bacanales por un objeto de diversion y para proporcionar un día de solaz y de libertad á aquel místico pueblo, que se entregaba al placer en tal festividad.

Como en todos los pueblos el mártes de Carnaval es en Madrid el mas alegre del año, particularmente desde que en 1766 permitió las máscaras públicas el ilustrado conde de Aranda, siendo presidente del consejo de Castilla, concesion que como dijimos en nuestro artículo de máscaras del año pasado, sufrió despues muchas alteraciones, hasta que por fin hoy el pueblo, gracias á las instituciones que nos rigen, se halla en el derecho de divertirse á su placer en el Carnaval, siempre que no insulte á las leyes. Si bien la culta Barcelona es el pueblo de España en que de mas remota antigüedad y con no interrumpida constancia se ha dado culto al Carnaval, no por eso se ha de creer que no existió en España esta costumbre en lo antiguo, pues ademas que lo dejamos sentado en el citado artículo, y aun en este, con referencia á las provincias meridionales y á Tudela, el pueblo siempre se ha entregado en toda la península á la diversion en estos días, ya en sus grotescos peleles, mazas, chascos y mogigangas, ya en sus festivas carreras de gallos, reuniéndose en puntos determinados, si bien sin careta para divertirse.

La ilustracion que de pocos años acá adelanta prodigiosamente en nuestro pueblo, va desterrando de Madrid ciertas prácticas carnalescas de mal género, de las cuales aun quedan algunos rezagos en los barrios bajos. Una de ellas es saludar á los pasajeros con bombas de agua de jabon, en plantarles mazas y rabos, consistiendo aquellas en un redondo ó careta recortada de paño, impregnada en polvos de yeso, que se arroja al descuido sobre la espalda del prógimo distraído, y estos en largos trapos ó papeles que con un alfiler hecho gancho se prenden á los vestidos para mover á risa á los que lo ven, y saludar á los chasqueados con una grito ó cencerrada, ó con los cantares de «*Saca la maza que la lleva, el borriquito que va á la plaza, ó saca el rabo etc.*» Empero aun mas pesadas eran estas burlas en lo antiguo, pues que aun en el siglo pasado se

divertian las criadas de las casas en desplachar las valonas de los caballeros á gerizanzos que les tiraban desde los balcones y ventanas por entre las celosías; en arrojar los jóvenes á las damas huevos llenos de agua de clof, y en insultar la plebe á las damas que iban en sillas de manos y mofarse de sus rodrigones, que así llamaban á los lacayos, que las acompañaban á caballo; así como tambien el chasquear en los convites y el preparar monedas clavadas en el suelo para burlarse y dar una estrepitosa cencerrada al crédulo que se bajaba á cogerlas. Una de las diversiones mas grandes del Carnaval, han sido hasta nuestros días los *peleles*. Eran estos unas figuras de hombre y de muger que se colocaban en los balcones y ventanas de las personas de buen humor, ó en las puertas de las festivas y graciosas manolas del Avapies y de mas barrios bajos. Si los de los balcones no tenían otro objeto que el de provocar la risa por sus caretas y disfraces, los de estas servian para diversion de las graciosas y saladas hijas del Manzanares, que se entretenian en mantear al pelele al compas de festivos cantares hasta que le destrozaban, concluyendo por quemarle el mártes en la noche antes de empezar sus airosos bailes.

Empero la reina de las diversiones de Carnaval, y acaso la mas antigua desde los tiempos de Felipe I, era y es la de los gallos. Consiste esta en Madrid y en muchos pueblos, en atar una cuerda de uno al otro extremo de la calle ó entre dos palos separados, y colgar de ella uno ó mas gallos; hecho así las mozas y los mozos se vendan por turno los ojos, y con una espada ó espadín se dirigen al gallo, si le dan en la cabeza el gallo es suyo, y si yerran ó dan el golpe en vago, el torpe paga una multa señalada de antemano, que en muchos pueblos de la Mancha se dedica para hacer bien por las ánimas del Purgatorio, en otros á los pobres, y en los mas para una merienda ó francachela.

Dice el diccionario de la Academia de la lengua en la frase *correr gallos*, que es: «Divertimiento de Carnestolendas que se ejecuta ordinariamente enterrando un gallo, dejando fuera la cabeza y pescuezo, al que con los ojos vendados, se parte desde alguna distancia á buscarle con espada en mano, consistiendo el lance en herirle ó cortarle la cabeza de un tajo, y que otros le corren hasta alcanzarle y herirle del mismo modo: que tambien se corre á caballo poniendo colgado el gallo de una cuerda debiéndole cortar la cabeza á la carrera, cosa que se hacia antes con los gansos. Del primer modo lo hemos visto practicar en Madrid en la pradera del Canal, del segundo en varios pueblos de la Alcarria, y del último en los de la provincia de Toledo y en particular en la villa de Illescas. Se corren en esta los gallos en su espaciosa Plaza mayor, de la misma suerte que los gansos en lo antiguo, es decir á caballo, siendo el lance el arrancar al paso á todo escape la cabeza del gallo. Ademas de esta diversion, tienen los illescanos en el Carnaval la del juego de la sortija, y el de la naranja á pie y á caballo. Este consiste en ensartar á la carrera naranjas dispuestas al efecto, las que llevan inmediatamente á sus queridas en la misma espada ó lanza, descubriéndose con este motivo no pocas veces, amores ocultos, ó confirmandose sospechas que carecian de pruebas.

El origen de esta costumbre parece francés de tiempo de los galos, en cuya historia se lee que cuando estos se apoderaron por sorpresa de Roma en una noche, no lo hicieron del Capitolio, por que los gansos consagrados á Júpiter que estaban desvelados por el hambre, empezaron á graznar fuertemente, y despertaron con su ruido á los guardias, en el momento en que le escalaban los galos; de suerte que estas aves salvaron el imperio frustrando el atrevido intento de los bárbaros.

Con referencia á este punto, dice Plutarco, que en su tiempo, bajo el imperio de Trajano, celebraban los romanos la libertad de Roma y del Capitolio, con una

gran fiesta en la que se paseaba por las calles á un perro ahorcado, en venganza de haberse dormido los animales de su especie durante el asalto de los galos, y detrás un ganso sobre un rico almohadon en premio de su vigilancia salvadora. Añade: que sabedores los galos de esta fiesta de sus enemigos, adoptaron en su pais la costumbre de ahorcar todos los años en igual dia, un ganso, por haberles frustrado su empresa. Esta práctica debió dar origen á nuestras corridas y fiestas de gansos, celebradas en el Carnaval hasta la época de Carlos V, en la cual se cambiaron los gansos en gallos, despues de la famosa batalla de Pavía, en que fué preso Francisco I rey de Francia, tal vez con alusion al encono con que se miró en este tiempo á los franceses, que tenian un gallo por simbolo nacional, como nosotros al leon.

Así como los milaneses, no termina tampoco el Carnaval en Madrid á la vista del grave y santo aspecto de la Cuaresma, y el *miércoles de Ceniza con su memento homo quia pulvis est*, etc. y con su semblante triste y contemplativo, es insuficiente á contener los desmanes de Momo, y los excesos del ya finado Carnaval, á pesar de ser una poblacion esencialmente piadosa y cristiana. Lejos de esto, el pueblo bajo se entrega á mil locuras, y cubierto de asquerosos trages, estrañisimos disfraces y horribles caretas, corre en tropel á renovar con doble empeño la orgia del dia anterior, de la que aun no se ha repuesto, dirigiéndose á la espaciosa pradera del Canal, á donde baja Madrid entero á contemplar esta fiesta saturnal y baquica. No con la idea de faltar á la abstinencia que empieza en este dia, porque esto no cabe en su proverbial piedad, sino arrastrados por la fuerza de la costumbre, se entrega el pueblo á comilonas, bailes y locuras, y si el dia y el piso están buenos, puede considerarse como el principal dia del Carnaval, la tarde del primer dia de Cuaresma.

Esta grotesca y estraña fiesta se llama por antonomasia el *Entierro de la sardina*, que es su objeto primordial. Habiendo dicho antes al hablar del *Buey gordo* de Paris, el origen egipcio que creemos tenga esta ceremonia, solo diremos en lo que consiste. Porcion de parejas de gentes de la plebe, se disfraza de frailes, curas y demas gentes de iglesia, llevando pendones, estandartes y mangas parroquiales estrañas, con escobones ó geringas por hisopo, orinales por calderilla y otras insignias burlescas. Todas estas turbas conducen en una caja de muerto ó en unas angarillas que llevan al hombro cuatro robustos mozos, un pellejo ó bota de vino con una careta, ó un pelele en cuya boca ponen una sardina, y de este modo precedidos de un tambor ó de clarines y bo-

cinas, recorren muchas veces la pradera cantando lúgubremente imitando á los cánticos de los entierros y aspergeando á los circunstantes en sus fingidos resposos con los escobones llenos de agua. Luego que se cansan concluyen por enterrar en un hoyo la sardina, y ponerse á merendar y beberse el vino del pellejo que hizo de muerto. Algunos creen que en el entierro de la sardina se simboliza que entierran el Carnaval para entrar en el tiempo santo, pero en este caso debian enterrar la carne y no el pescado precisamente al empezarse la época de su uso por precepto cristiano. Es circunstancia indispensable en este entierro, el llevar begigas infladas colgadas de palos para saludar á los amigos, é higos colgados de palos que se hacen vibrar en la cuerda dando con otro palo, para llevar porcion de muchachos entretenidos pugnando por coger á saltos los higos con la boca, juego denominado del *hiqui*.

Por cuanto hemos dicho en este artículo se verá que á pesar de lo mucho que ha trabajado el cristianismo y la civilizacion moderna, y del progreso que ha hecho la ilustracion, aun nos quedan residuos muy visibles del paganismo, como dice el bibliófilo P. Jacob: las fiestas populares solo han variado de nombre y de objeto. En efecto, en la necesidad de que se divierta el pueblo en ciertas épocas, los mas sábios legisladores no han podido menos de tolerar las fiestas populares mas estravagantes, las cuales no hubieran tampoco podido quitar sin derramamiento de sangre; porque es mas fácil hacer que pase un pueblo por un pesado impuesto, que privarle de una diversion consignada en el calendario de sus costumbres nacionales. De mas tiranía calificaria el pueblo de Madrid el que se le privase de sus corridas de toros, Paris su paseo del Buey gordo, Milan sus Coriandoli, y Roma sus juegos de las candelas, el mártir de Carnaval, que si se les exigiese una nueva contribucion, ó les quitase otro derecho que no les imprima carácter, ni ofenda su pundonor y nacionalidad. Por esta razon es necesario mucho atrevimiento y osadia desesperada, para atacar de frente las costumbres de los pueblos que ha sancionado el tiempo, porque el loco que no trata de gastarlos poco á poco y con prudencia, sino que se esfuerza en extinguirlos de repente, acaba por ser aborrecido, por mas buena idea que lleve en ello, y las mas veces es victima de su imprudencia, sin que le quede el consuelo de una buena memoria póstuma, porque su nombre pasa generalmente maldecido de generacion en generacion, siendo muy contadas las veces que su empeño le proporciona una aureola de gloria.

B. SEBASTIAN CASTELLANOS.



FENOMENOS NATURALES.

LA NIEVE.

La gran nevada que cayó en Madrid el día dos del corriente nos ha sugerido estas líneas, para las que hemos aprovechado un dibujo que poseíamos representando uno de los pasatiempos mas lucrativos, pero tambien el mas peligroso á que se entregan los cazadores durante el invierno en los países del Norte.

La nieve aunque es muy fria, ofrece el singular fenómeno de ser el mejor preservativo contra el frio mismo. En las memorias de la Academia de Ciencias de Paris, consta el relato de varias experiencias que se han hecho con objeto de averiguar si era cierto, como aseguraban algunos viajeros, que el construir cabañas de hielo fuese un poderoso medio para preservarse de la intensidad del frio; y en efecto, se ha visto que hace menos frio debajo de la nieve, y que cuanto mayor es el espesor de esta tanto mas alta se mantiene la temperatura. Pero mas que todas las experiencias dice en favor de la opinion de los viajeros el instinto de los animales, pues muchos de ellos, y entre otros las perdices, se agachan debajo de la nieve para guarecerse del frio. No quiere decir esto que sea envidiable la suerte de los habitantes de países constantemente cubiertos de nieve; los hay como la Laponia

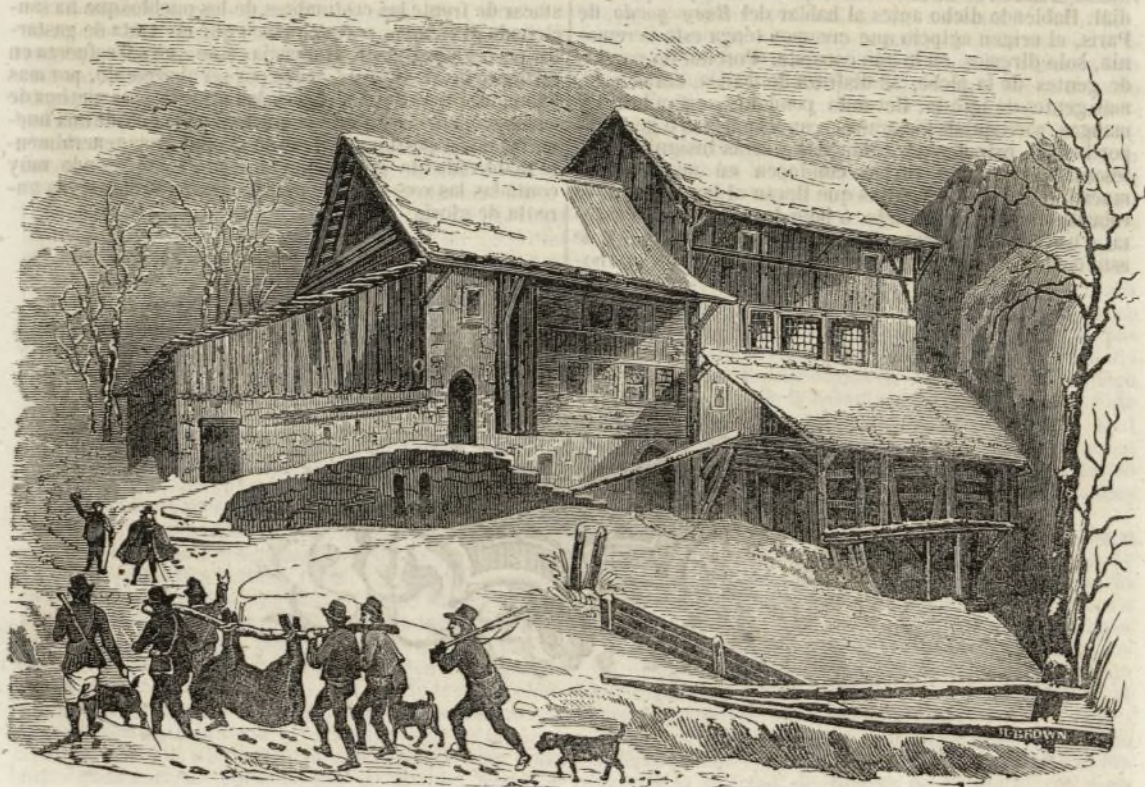
y la Groenlandia, donde á los veinte años se ven atacados de ceguera por efecto de la reverberacion, y este peligro es comun en todas partes: los anales científicos están llenos de observaciones relativas á personas que han cegado casi de repente viajando por espacio de algunos minutos ó fijando la vista en algun camino cubierto de nieve, lo cual demuestra que hay un peligro real y efectivo en contemplarla por mucho tiempo, sobre todo si los rayos del sol se reflejan en ella.

La medicina ha sacado un gran partido de la nieve, principalmente en los países frios para los casos de congelacion. En Rusia que son muy comunes, se usa la nieve como remedio soberano.

En cuanto á fenómenos físicos nadie ignora el influjo directo que la circunvalacion de altos montes cubiertos de nieve, ejerce en las alteraciones atmosféricas de ciertos países. La irregular temperatura de Madrid debida á la proximidad de los montes de Guadarrama puede servir de ejemplo.

La nieve no se emplea para uso doméstico mas que en enfriar las bebidas, sin que añada cosa alguna á sus cualidades.

El grabado que ponemos á continuacion, copia del dibujo de que hicimos mérito al principio, representa varios montañeses del canton de Berna en Suiza, conduciendo triunfantes á la cabaña un enorme oso que apenas cuatro hombres pueden sostener.



CRIMENES CELEBRES.

LOS GITANOS EN EL SIGLO XV.

HISTORIA DE PASQUET FA.



En 1427, en aquel desventurado siglo en que todas las calamidades parecían abatir a la Francia devastada por los ingleses y arruinada por la guerra civil, fue cuando apareció en París una especie de plaga hasta entonces desconocida, que por mucho tiempo estuvo carcomiendo los campos y que gracias a un asiduo trabajo hace algunos años se ha conseguido extirpar. Era la época del *Landit*, la feria mas antigua de París y la que según las crónicas parece haber sido fundada por Dagoberto. El punto donde se situaba era la llanura que se extiende entre *La Chapelle* y San Dionisio, en cuyo parage se veía levantarse de repente una ciudad cuyos edificios venían a ser maderos y unas cuantas tablas clavadas a los mismos, todo lo cual se cubría con grandes celchas de género vasto. Sin embargo, de tal conformidad se situaban estas tiendas ó casas improvisadas, que se veían calles, encrucijadas y fuentes, y una inmensa población extranjera venía a tomar posesión de esta ciudad volante tan pronto como había acabado de erigirse. Esta numerosa población se componía de mercaderes que acudían no solo de todos los puntos de Francia, sino también de las estremidades de la Europa.

Oportuno es observar aquí como estaban entonces establecidas las relaciones de pueblo a pueblo por medio del comercio. En el día nos parece que las relaciones que los gobiernos procuran entablar con el Egipto y las costas del Africa, es un progreso hijo de la civilización. En el tiempo á que nos referimos y aun antes todavía, estas comunicaciones eran tan frecuentes y habituales, como pueden ser hoy las de Inglaterra y Portugal.

Por una parte la invasión de todo el Oriente por los turcos aun no había presentado obstáculo alguno á las transacciones comerciales por la diferencia de religión. Por otro lado el descubrimiento de América, aun no había dirigido todos los esfuerzos de Europa hacia una nueva región; veíase pues en esta época, en estos mercados que se abrían en día determinado, negociantes que hoy nos admirarían si fuera posible verlos en nuestras capitales. Venían atravesando países sin camino, amenazados de ladrones, y para librarse de esta gente, viajaban en grandes caravanas y armados como una compañía de soldados. Los viajes que emprendían asustaban hoy á nuestros mas intrépidos comerciantes, á pesar de las diligencias y de los caminos de hierro.

Por esto no era cosa extraordinaria ver en la feria del

Landit tiendas de distintos colores y mercaderes con turbantes; y al lado de estas miserables tiendas, los camellos que habían conducido sus mercancías atravesando los pantanos cenagosos de las provincias. Sin duda alguna las cruzadas no habían contribuido poco á mantener estas relaciones: sin embargo, en la época á que nos referimos, la presencia de estos extranjeros no llegó á ser muy común, y hé aquí precisamente porque fue tan general la admiración de los franceses cuando vieron llegar de repente á la aldea de la *Chapelle* mas de doscientos individuos, cuyos trages y cuyas caras desconocían. Por lo regular ceñían una especie de túnica de color oscuro; cubrían sus cabezas con unos gorros enteramente parecidos á los que llamamos casquetes griegos, y por último llevaban capas de un tegido de lana bastante grueso. El cutis de estos hombres se distinguía por su escesa amarillez; sus cabellos eran negros y crespos, además se singularizaban por los anillos ó pendientes que traían colgados á sus orejas.

Esta fue la primera aparición en Francia de una raza de hombres conocidos con el nombre de gitanos, hombres que por mucho tiempo han infestado la Inglaterra, y hoy se encuentra todavía algunos retoños de esta raza en las provincias meridionales de Francia y España, donde exploran en su provecho la credulidad de los sencillos moradores.

Si hemos de dar crédito á un doctor en teología que asegura haberlos visto, estos hombres eran habitantes del bajo Egipto que los sarracenos obligaron á abjurar la religión cristiana. Reconquistados después por los católicos tuvieron precisión de dirigirse á Roma á fin de obtener la absolución de su apostasia. El papa los confesó, y les impuso la penitencia de andar siete años consecutivos errantes por el mundo sin poder jamás dormir en cama. Con todo, para evitar que muriesen de hambre se espidieron bulas que mandaban á todos los obispos y arzobispos que encontrasen en su camino dar á estos viajeros diez libras tornesas (1) á título de limosna. Se llamaron generalmente *bohemianos*; por tales se reconocieron mucho después de su aparición porque aseguraban que venían de Bohemia; según los historiadores franceses estaban en el quinto año de su penitencia y ya habían recorrido casi toda la Europa, no faltando también quien diga, que cuando aparecieron se les conocía con el nombre de *penanciers*, palabra que equivale á penitenciaros.

Lo que se descubre además según su historia y los diferentes autores que han hablado de este pueblo, es que después de haber habitado algun tiempo en la aldea de la *Chapelle* donde robaron mucho, fueron excomulgados por el obispo de París y obligados á retirarse.

Aun cuando estos hombres se encontrasen en la mayor miseria, los que ellos llamaban sus duques y sus condes viajaban á caballo y hablaban con frecuencia de su rey y de su reina, que aseguraban habían fallecido en el camino. Las mugeres se ocupaban en decir la buena ventura, con lo cual ganaron mucho dinero hasta que el arzobispo pronunció la excomunión, no solamente para ellos sino también para los que deseosos de saber su porvenir iban á consultarlos.

En la prebosteria de París se encuentra un escrito

(1) Esta es una moneda antigua que se fabricaba en Turs; diferenciábase mucho de la que se fabricaba en París que era de mayor ley, y se conocía con el nombre de paris.

que refiere los pormenores del suplicio que experimentó una joven, que acudió á una gitana para que la dijese la hora probable en que su padre fallecería, y el vaticinio se cumplió exactamente, por cuya razon sospechaban que la joven habia tomado una parte muy activa para que no dejara de verificarse la prediccion de la gitana.

Esto es, poco mas ó menos todo lo que se sabe con respecto á la historia de los gitanos, y de su origen, y por cierto que estas noticias son insuficientes á ilustrarnos sobre la materia, sabiendo que en un corto número de años, numerosas bandadas de esta especie de mendigos aparecieron en todos los puntos de Francia é Inglaterra. Toda esta vagabunda poblacion, parece imposible que llegara á reducirse á los doscientos individuos que posteriormente á la excomunion del arzobispo desaparecieron sin haber medio de seguir sus huellas. Acaso tampoco supiéramos mas sobre este asunto, si un joven laborioso y muy dado á registrar papeles antiguos, no hubiese descubierto entre los viejos pergaminos hacinados en nuestras bibliotecas, una sentencia fechada en 1445, condenando á la hoguera, á dos gitanos y una gitana por hechiceros, los cuales habian enseñado á un tal *Guilles Maldétour* la composicion de un brebaje que daba la apariencia de la muerte á todo aquel que le tomaba. Resultó de los hechos que motivaron esta sentencia, que los gitanos, no eran otra cosa mas que una colonia de ladrones prodigiosamente organizada, y que tenían inteligencias desde el uno al otro cabo del reino, y en cuanto á la historia de su penitencia y de su conversion al cristianismo, no era mas que una fábula que les servia de pretexto para penetrar en Francia, y que les protegió hasta que sus fechorias demostraron claramente lo que eran.

Permitásenos, pues referir los hechos que han dado lugar á este juicio.

En las cercanias de Poitiers, no á mucha distancia de la aldea de Lusignan, en cuyo parage permanecen todavia las ruinas del castillo de los señores de este nombre, en este lugar que la credulidad pública designa como el punto donde tuvo situada su habitacion la fé musulmana, vivia una cuadrilla de gitanos, que se ocultaban en la espesura de los bosques, y todo el tiempo que habitaron este sitio, no se hablaba mas que de niños robados, del ganado que desaparecia, y de personas que morian repentinamente, como si hubieran sido heridas por una mano invisible. En este lugar vivia una joven que se llamaba Pasquetta Launay, huérfana; pero habia heredado de sus padres la posesion de algunas aranzadas de tierra que cultivaba en una abadía vecina. Estos cortos bienes que poseia, juntos á su singular belleza, la hicieron el objeto de las amorosas miradas de algunos vasallos, de muchos caballeros, y particularmente de las del limosnero de la abadía, que segun las reglas de ciertos conventos, no era un sacerdote, sino por decirlo así, un hombre encargado de los asuntos exteriores; en una palabra, lego y autorizado para poder contraer matrimonio. Pasquetta habia reusado cuantas proposiciones le hicieron respectivas á casamiento, y cuando el demandadero que se llamaba Bartolomé, entraba en casa de la joven, respondia á las pretensiones del lego, llenando su alforja de trigo y de legumbres, y hablando siempre de un profundo respeto hacia la santa mision de los siervos del Señor.

Habia mucha malicia en la mirada de Pasquetta, para que Bartolomé pudiera creer que la escensiva candidez de la joven no le permitiera comprender lo que pedia: sin embargo, aunque sospechaba que Pasquetta se hacia mas inocente de lo que era, no se determinaba á vituperar su conducta, puesto que nadie habia podido lisonjearse de la seguridad, de que ella escuchara las proposiciones de ninguno de los numerosos galanes que con este fin la rodeaban.

La pasion de Bartolomé aunque vehemente, no se mostraba con mucha violencia; pero el verdadero amor si es

sufrido, lo es hasta tanto que los celos vienen á escitarle. Cierta noche nuestro demandadero pasaba por delante de la casa de Pasquetta cuya puerta estaba cerrada; pero creyó escuchar la voz de un hombre, y aun cuando no pudo percibir lo que sedecia, distinguió el acento suplicante de un joven que juzgó seria algun pretendiente de la que el amaba. La cólera que se apoderó de Bartolomé con este descubrimiento, le impulsó á llamar á la puerta, y acaso la hubiera derribado sino le abrian; pero vió en la oscuridad dos hombres que parecian observarle, y sea que temiese comprometer su carácter semi-religioso, ó que experimentase un verdadero miedo al aspecto de estos desconocidos, cuyo trage tenia alguna cosa de extraordinario, se sentó en el umbral de la puerta, con todas las apariencias de un hombre fatigado que procura tomar un momento de reposo. Oia siempre el acento de aquella voz que hablaba en el interior de la casa, y veia delante aquellos dos bultos misteriosos que no se movian de un sitio. Bartolomé esperaba que pasase alguna persona con la cual pudiese retirarse, é ir acompañado hasta la abadía, y pensaba por otro lado, que mientras continuase sentado en el umbral de esta puerta, ninguno se determinaría á acometerle, pues no habia mas que dar un grito para que de la casa saliese un socorro á su defensa. Pasaba el tiempo, la voz murmuraba todavia, y los dos hombres extraordinarios permanecian inmóviles.

El miedo, la fatiga y el sueño luchaban con el pobre Bartolomé; todos los objetos que le rodeaban eran para él un motivo de susto; le parecia que los árboles andaban en derredor suyo, y que estos dos hombres, cuya presencia le atemorizaba, crecian á sus ojos hasta llegar á la copa de los árboles. Dominado de un terror tan grande se determinó á llamar en la puerta; pero cual fué la sorpresa que experimentó al ver que esta puerta se abre no bien la hubo levemente empujado. La debil luz de una vela de resina colocada en la campana de la chimenea no permite á Bartolomé averiguar en seguida lo que pasa en esta habitacion, y oye solamente una voz que le dice:

—La obra se ha consumado, puede vd. llevarse la muchacha cuando guste.

Al punto Bartolomé se dirige hacia el parage de donde habia salido la voz, y vió un hombre que reconoció por un gitano, cuando distinguió su amarillenta cara y sus cabellos encrespados. Este extraño personaje estaba al pié de la cama de Pasquetta y Pasquetta sobre ella; pero muerta ó sumergida en un sueño tan profundo, que no se despertó al agudo y penetrante grito que el fraile lanzó al ver este cuerpo inanimado.

El hombre que acababa de hablar conociendo que no se habia dirigido al que sin duda esperaba, se arrojó sobre Bartolomé y le dió una puñalada, y el lego cayó en tierra; mas como la herida no fuese de tanto peligro que le privase de la existencia, permaneció en el suelo sin hablar, y un momento despues, vió entrar en la cabaña á los mismos dos hombres que antes habian estado fijos en el parage que ya hemos indicado. El uno de ellos era un gitano, el otro un hidalgo de las cercanias conocido con el nombre del señor de Maldétour, el que aproximándose á la cama y poniendo su mano sobre la frente y sobre el corazon de la joven exclamó desesperado:

—¡Me has engañado! Está muerta, está fria como el hielo, y esto no es lo que me has prometido.

—Lo que yo he prometido lo he cumplido, respondió el gitano. Es cierto que está fria como el hielo; pero no muerta: dentro de dos dias cuando haya vuelto de su letargo, la encontrará tan bella y tan lozana como lo estaba hace una hora. Vd. si que no ha cumplido la palabra que me dió, porque me aseguró que no permitiria á nadie aproximarse á esta casa durante se verificaba el hechizo y ha dejado penetrar á este hombre, á quien he tenido que matar para evitar el peligro de una delacion.

—Con efecto, dijo el señor de Maldétour, le he visto

sentarse en el umbral de la puerta como un hombre que solo procura reposar un instante, y cuando se puso de pie creí que era para continuar su camino; mas vi con sorpresa que entró antes que yo pudiera detenerle, y hemos acudido al mismo tiempo que lanzaba un grito, acaso al dolor que experimentó cuando le heristes.

—Ello será lo que quiera, repuso el gitano; pero tambien es verdad que aquí aparece un crimen, y que forzosamente han de buscar los autores de él, y probablemente nosotros seremos los primeros acusados: el mejor partido que podemos tomar es alejarnos del país.

El señor de Maldétour, reflexionó un momento y después dijo:

—Lo que tú juzgas como una desgracia es precisamente lo que ha de salvarnos. Escucha: mañana cuando entren en la casa, nadie podrá adivinar de que manera ha sido la muerte de la joven, y tambien puede suceder, que antes de trasportarla al cementerio, haya pasado el tiempo necesario para que ella despierte. El deseo de descubrir la causa de este acontecimiento retardará su entierro, y puede ser que Pasquetta sea perdida para mí; pero voy á decirte una cosa que podemos hacer para que nos aseguremos del buen éxito de nuestra estratagema. Pon en la mano de la joven el mismo puñal con que has matado á Bartolomé.

—¿Para qué? preguntó el gitano.

—Voy á decirlo. Se sabe en la aldea que el hermano Bartolomé estaba enamorado de Pasquetta, y mañana cuando le vean muerto y en esta posición, supondrán que se ha introducido en la casa con violencia, y que esta joven le ha clavado el puñal defendiéndose. En cuanto á ella comprenderán facilmente que ha sucumbido al espanto que experimentó por haber dado muerte á un religioso. El abad tendrá un interés particular en encubrir este suceso, y acto continuo se llevarán el cuerpo de Pasquetta para darle sepultura, y la noche próxima le desenterramos y le conducimos á mi castillo, en donde volverá de su letargo, y entonces, gustosa ó no gustosa, no tendrá otro remedio sino casarse conmigo.

—Pero ¿por qué no cargamos ahora con la muchacha? repuso el gitano no gustándole mucho el recurso del hidalgo.

—¿No te lo he dicho ya? contestó el señor de Maldétour. El abad no tiene la menor conmiseración, (y de ello nos ha dado bastantes pruebas) para los delincuentes de su jurisdicción, y si esta joven desaparece del modo que tú quieres, mandaría al punto registrar nuestros castillos, y penetrarían hasta en los subterráneos, y esto concluiría por descubrirse el hecho. Sé tambien lo que podría costarme; con que obedece, y demos á esta estancia un aspecto que haga nacer mas facilmente la suposición que queremos escitar.

Dicho esto pusieron los pocos muebles de la habitación en el mayor desorden, con el objeto de significar que se había empeñado allí una lucha violenta: deshicieron la cama, rasgaron los vestidos de la joven y hasta los empaparon en la sangre que corría del moribundo Bartolomé. Colocaron el cuerpo de Pasquetta en el suelo y se alejaron dejando la puerta entreabierta.

Al día siguiente, pareció probable que todo sucediese del modo que se deseaba. El hidalgo Maldétour que atravesó la aldea, como por casualidad, refirió á varios habitantes del lugar el acontecimiento, de la misma manera que él quería que se supiese; pero cuando los labriegos que le escuchaban, empezaron á dar crédito á las esplicaciones del hidalgo, uno de los oyentes interrumpió la conversacion con estas palabras.

—Dudo mucho que Pasquetta se haya visto obligada á dar muerte á Bartolomé para defenderse; ha muerto aquella, y por consiguiente no puede afirmarlo ni decir la verdad del hecho; pero estoy seguro que Bartolomé justificará que le han herido sin haberla provocado en nada.

—¿Cómo! exclamó el señor de Maldétour palideciendo. ¿No ha muerto Bartolomé?

—No señor; aunque la pérdida de su sangre le ha debilitado al punto de no poder hablar, sin embargo respira todavía.

Al escuchar semejante nueva el hidalgo se creyó perdido, porque juzgaba probable que el hermano hubiese escuchado cuanto allí se había dicho, y presenciado cuanto se había hecho en la cabaña. Forzosamente el fraile lo revelaría todo al abad, y no dudaba que este castigaria de un modo atroz al culpable, no solamente por el atentado cometido contra Pasquetta, sino tambien por el asesinato de Bartolomé. En tan crítica posición, no le quedaban al señor de Maldétour mas que dos medios de salvación; la fuga ó la resistencia armada contra el poder del abad. Este último medio no era el mas fácil de llevar á cabo; el castillo de Maldétour no tenia la suficiente fortaleza para resistir mucho tiempo al gran número de hombres armados que el abad pudiese enviar para atacarle.

Hechas estas reflexiones, el hidalgo, resolvió ocultarse, y dispuso lo necesario para la fuga, en el caso que el demandadero le comprometiera con su declaración; pero le hizo detener tambien la esperanza, de no ser descubierto, teniendo presente que Bartolomé, desmayado y sin sentido durante la esplicación que hacia al gitano en casa de Pasquetta, no habria escuchado ni visto alguna cosa. Para ejecutar su proyecto con mas facilidad, el hidalgo se dirigió á los bosques que servian de guarida ó refugio á sus cómplices, y refirió lo que acababa de pasar, y tan pronto como los gitanos supieron el peligro que les amenazaba abandonaron el país; y aun cuando el número de esta gente era crecidísimo, los preparativos de su marcha no duraron mas que un momento. Mujeres, ancianos, niños, todos desaparecieron de los bosques con extrema sagacidad, cuidando durante la fuga no dejar á la espalda ni el menor vestigio de la huida; sin embargo, solo dos hombres permanecieron allí, los mas robustos; los mas ágiles, y los mas entendidos, con el fin de observar el aspecto que tomaba el asunto.

No sucedió al pie de la letra lo que se había previsto. Antes que llevasen á Bartolomé á la abadía, encargó á algunos labradores que fuesen al castillo de Maldétour, y que preguntasen por su dueño, á fin de que este fuera al bosque de los gitanos y adquiriera los eficaces remedios que poseian para curar las heridas.

Pero los encargados de esta misión volvieron con la nueva de que el señor de Maldétour se había ausentado de su castillo llevándose á la vez todas sus alhajas y que habiendo ido al bosque donde habitaban los gitanos le encontraron desierto.

Entonces Bartolomé, en vista de lo que ocurría, meditó conforme á sus proyectos la revelación que tenia que hacer: interrogado por el abad refirió lo siguiente: que habiendo oído gritar en la cabaña de Pasquetta entró, y que acto continuo fué herido por un gitano en cuya compañía estaba un caballero; pero que no osaba suponer fuese el señor de Maldétour: omitió lo del brevage que habían dado á Pasquetta; tampoco dijo nada con respecto á su próxima resurrección, con el fin de aprovecharse del mismo crimen que los otros habían cometido y dejar que depositasen el cuerpo de la joven en el cementerio que estaba contiguo á la abadía donde fácilmente se podría penetrar por una de las puertas del monasterio.

La ausencia del hidalgo y la desaparición repentina de los gitanos confirmaron la declaración del demandadero, y el abad se aseguró de que el crimen había sido ejecutado del modo que Bartolomé le había referido, y aun sospechó que el hidalgo de Maldétour había sido cómplice. El entierro de Pasquetta se verificó aquel mismo día y el lego, que fué conducido á su celda, tuvo esperanzas de

llevar á cabo el proyecto que concibió de antemano á pesar de sus heridas. Sin embargo la primera noche posterior al atentado no pudo salir de su celda, aunque quiso asegurarse de la manera mas enérgica que se encontraba bueno; el abad mandó que un fraile pasase la noche á su cabecera.

El demandadero sufrió una noche cruel, el menor ruido le parecia que le motivaban los hombres que venian al cementerio para sacar á Pasquetta del sepulcro; pero se tranquilizó algun tanto cuando supo que el abad habia dispuesto que registrasen el bosque para descubrir á los culpables y supuso que se habrian alejado del pais ignorando que Pasquetta estaba enterrada.

Al dia siguiente no ocurrió novedad y Bartolomé tuvo la suficiente destreza para conseguir aquella noche quedarse solo en la celda. A cierta hora se escapó, bajó al jardin del convento y cogiendo las herramientas necesarias á su proyecto entró en el cementerio.

Muchos ejemplos tenemos que nos van demostrando las fuerzas físicas que puede dar á un hombre una vehementemente pasión; aun para verificar empresas de esta naturaleza. Bartolomé, á pesar de sus heridas, se sintió con suficiente poder para sacar á Pasquetta del sepulcro, llevarla á un parage oculto situado á cierta distancia del convento, en el cual tenia provisiones con abundancia de las limosnas que recogia, y emprender la fuga con Pasquetta al dia siguiente por la noche y casarse con ella en la ciudad ó pueblo mas inmediato que encontrase.

Cerca del sepulcro de la jóven estaba ya, cuando distinguió á un hombre, que cargado de herramientas como él, se aproximaba al mismo sitio. Estos dos hombres, al punto se reconocieron. Bartolomé se quedó parado al mirar al hidalgo de Maldétour; Maldétour, retrocedió un paso al ver á Bartolomé. Aunque nada se dijeron al principio, los dos comprendieron á la vez que un mismo pensamiento los habia conducido á este lugar, y un mismo deseo hizo que cada uno resolviera en silencio deshacerse de un testigo y de un rival.

Sin embargo, ni el uno ni el otro quiso emplear la violencia porque el ruido de un combate forzosamente despertaría á los frailes del monasterio, y vendrian al lugar de la lucha, por lo cual se decidieron á servirse primeramente el uno del otro para que fuese mas fácil el desenterramiento, lo cual les dejaba tiempo para meditar la manera menos ruidosa con que un nuevo cadáver entraria en la tumba que ambos dejaban vacia sacando á Pasquetta.

—Hermano, ¿viene quizás en busca de su victima? dijo Bartolomé deteniéndose á cierta distancia del señor de Maldétour.

—Seguramente, contestó el hidalgo: vengo como el hermano Bartolomé, á no dejar que perezca esta jóven en medio de las agonias de una muerte horrorosa.

—Puesto que un fin tan caritativo nos conduce á este sitio, respondió Bartolomé, es seguro que lograremos mejor nuestro objeto uniendo nuestras fuerzas; acepte, pues, el hermano, el apoyo que le ofrezco, y á la vez, deme el suyo del cual tengo necesidad.

—Con mucho gusto, repuso el señor de Maldétour, y en prueba de nuestro buen deseo, apresurémonos á trabajar.

Ambos á un mismo tiempo prepararon su azada, y á la vez que cavaban meditaban respectivamente en el precioso tesoro que los dos querian poseer, y sobre la manera con que habian de asegurarse de tan estimada joya. Todo se presentaba allí difícil, pues se habian colocado el uno frente del otro, es decir, uno á la cabeza y otro á los pies del sepulcro. El lego y el hidalgo se miraban con sospecha, lo mismo para defenderse cuanto para acometerse; el trabajo se adelantaba y ya la madera del atahud habia resonado muchas veces contra la azada, y el señor de Maldétour creyó llegado el instante favorable en que deshacerse del fraile, y quiso dirigirle un azadonazo á la cabeza; pero Bartolomé que habia previsto el golpe le evitó

con destreza, siendo por el contrario, el señor de Maldétour el que recibió un fuerte golpe en el pecho que le derribó á tierra: Bartolomé, mas sagaz que el hidalgo, sabiendo por experiencia los malos resultados que podrian dejar las cosas á medio hacer, quiso acabar con su antagonista; pero Maldétour le detuvo diciendo:

—Escucha, Bartolomé; tenemos un mismo deseo: una misma pasión nos despedaza el corazon, sin embargo uno de nosotros solo puede quedar satisfecho. ¿Y es por ventura necesario que sea á expensas de la vida de uno de nosotros? Saquemos del atahud á la jóven; despues, yo te juro á fé de caballero, ayudarte y protegerte en la fuga, hacer que se case contigo, si la suerte te la concede.

Bartolomé sentia que sus fuerzas se debilitaban por momentos y que solo no podria consumir la tarea, y aceptó la propuesta del hidalgo. Comenzaron de nuevo á trabajar, sacaron el atahud y le colocaron en tierra y no tuvo límites la sorpresa de ambos cuando al levantar la tapa vieron que la caja estaba vacia.

El primer impulso fué de cólera y rabia; el segundo indagar quiénes habian sido los raptos de Pasquetta, y la sospecha mas natural recayó sobre los gitanos. Solo ellos conocian el secreto y el letargo de la jóven.... pero, ¿seria por ventura la piedad u otro sentimiento lo que condujo á los gitanos á salvarla?

Es difícil que los enamorados supongan otro interés que el comun para emprender una faena de la que solamente quieren ocuparse, y no dudaron que uno de los gitanos encargados del hechizo para Pasquetta, prendado de la hermosura de la jóven habia resuelto sacarla de aquel sitio para sí propio. Pero los gitanos habian desaparecido, y seguramente en su fuga se habian llevado á Pasquetta: tan perdida era para el hidalgo, cuanto para el demandadero, y para mayor desgracia el señor de Maldétour se hallaba proscripto por un crimen sin haber obtenido su resultado. Largo tiempo estuvieron consultando sobre el partido que deberian tomar, y últimamente, al pie de la tumba hicieron reciproco juramento de hacer todo lo posible para descubrir el paradero de Pasquetta. Pusieron el atahud como estaba, le cubrieron de tierra, y en vista de lo avanzado de la noche se retiraron; el uno al asilo que le habian proporcionado los gitanos y el otro á su celda. El señor de Maldétour habia resuelto seguir la huella de los gitanos, y Bartolomé pensó pedir al abad el consentimiento de un peregrinaje, el cual le permitia alejarse del pais y caminar al traves de la Francia con el objeto de hallar á Pasquetta. Ambos determinaron poner por obra su proyecto al siguiente dia; mas el propósito se deshizo por un notable acontecimiento que puso á la aldea de Lussignan en la mas grande consternacion.

Habian pasado algunos labriegos por delante de la casa de la jóven y habiendo escuchado ruido en ella se aproximaron, imaginando seria algun animal doméstico que habia quedado encerrado; pero su curiosidad se cambió en terror cuando distinguieron la voz de Pasquetta. El primer pensamiento de esta gente fué que el alma de la jóven habia vuelto á la cabaña y la rodearon aunque á larga distancia: se creyó conveniente pegar fuego á la casa, mas luego reflexionaron que era mejor dar parte al abad de lo que ocurría.

Semejante novedad puso el convento en expectativa, y Bartolomé, que fué uno de los primeros en saber este suceso, se alarmó y temió las consecuencias que podria traer este asunto, pues aun cuando el lego era inocente del crimen atentado contra Pasquetta, habia venido á ser cómplice, en el mero hecho de no haberle revelado. El abad no podia explicar lo que habia dado lugar á este milagro que puso en movimiento á toda la aldea, y Bartolomé discurria, que en circunstancias semejantes no habia mas que dos esplicaciones que se pudieran dar á tan estraña maravilla. Primera, que Pasquetta era una santa destinada por el cielo á renovar sobre la tierra los mila-

gros que poco á poco habian ido desapareciendo, en cuyo caso el abad, fuera ó no gustosa la jóven, la pondría en un convento. Segunda: que Pasquetta era una hechicera; por lo cual seria necesario condenarla á la hoguera. Religiosa ó quemada, hé aqui el porvenir de la pobre muchacha: esto era lo que Bartolomé reflexionaba, mientras que la comunidad se dirigia en procesion hacia la casa de Pasquetta. El abad iba delante con el hisopo en la mano, y los demas hermanos conducian en una caja de oro las reliquias de Santa Radegonde, cuya imagen aun permanece en la ciudad de Poitiers.

Cuando los habitantes de la aldea vieron delante de la casa de Pasquetta la procesion, ninguno se atrevió á dudar que la habitaba algun espiritu maligno, pues el ruido se aumentó como si efectivamente el demonio hubiera sido atormentado á la sola aproximacion de las santas reliquias que los frailes conducian. Distinguieron que los muebles se movian de una parte á otra de la cabaña, y hasta creyeron oir la voz de Pasquetta que se admiraba del desorden en que encontraba su habitacion. En fin, cuando el abad pronunció el exorcismo y se adelantó con el hisopo en la mano hacia la puerta de la cabaña, fué para los concurrentes un momento de espanto y de terror; pues vieron la bonita cara de Pasquetta asomarse graciosamente á la puerta y hacer sonriéndose al abad una reverencia. Todos se pusieron de rodillas menos el abad que permaneció de pié con el hisopo levantado y la mirada ardiente. Preparábase á pronunciar un terrible anatema contra la jóven, cuando Pasquetta se hincó de rodillas haciendo la señal de la cruz. Sintióse rociada de agua bendita, que lejos de quemarla ó de hacerle lanzar un doloroso quejido, le pareció agradable, porque Pasquetta era sinceramente devota, y la santa alegría que brilló en su rostro al verse en presencia del abad, no permitió que se creyese mas tiempo que esta bella criatura fuese presa de algun espiritu infernal.

De todas maneras, para la decision del asunto no se encontraba un término medio: si Pasquetta no era hechicera debia ser una santa muger predestinada á grandes cosas, y el abad que no era lerdo, comprendió al instante cuan provechoso seria para su convento esta ultima suposicion, por lo cual y con el fin de desvanecer la opinion que habian formado de la jóven las personas que le rodeaban, se puso tambien de rodillas delante de Pasquetta, y le dirigió un ruego piadoso. La pobre Pasquetta, sorprendida con lo que la pasaba, no acertaba á comprender esta reunion de acontecimientos tan estraños; el prolongado sueño que habia tenido, la sabana con que al despertar se halló envuelta en la cama; el desorden de su morada, todo esto reunido á las demostraciones del abad, le hicieron dudar hasta de lo mismo que veia. El fraile entró en la cabaña, y quedándose solo con Pasquetta, la aturdió mas todavía refiriéndole como ella habia sido encontrada muerta sobre su cama, como habia sido enterrada y vuelta á encontrar viva, lo que indudablemente era una milagrosa resurreccion. Al principio Pasquetta quiso reirse en presencia del abad; pero la mirada severa con que éste acompañaba su relato, la hicieron conocer que en semejante caso el partido mejor que debia tomar era el de fingir creer todo cuanto se la decia. Pasquetta se presternó delante del abad, y dió gracias al cielo por haberla elegido para llevar en la tierra la importante mision de hacer que volviese á su antiguo prestigio la creencia de los milagros, los cuales una fé vacilante ponía en duda.

Si nuestros lectores recuerdan que en otra parte dijimos que Pasquetta se burlaba de las tiernas proposiciones de Bartolomé, y de los homenajes que la habian tributado muchos hidalgos; si observan en este momento la facilidad con que la jóven se prestó á los deseos del abad, acaso con el designio de profundizar este misterio, facilmente se comprenderá que la tal Pasquetta tenia talen-

to, sutileza y alguna esperiencia con respecto á los hombres.

Si nuestros lectores han adivinado esto, han sido ciertamente mas diestros y entendidos que los habitantes de la aldea de Lusignan, pues ninguno habia descubierto que la indiferencia de Pasquetta hacia todo el mundo, era hija del exclusivismo que tenia para uno solo. Habia en Poitiers en la armada inglesa que la ocupaba entonces, un caballero bien parecido, de Cumberland, que hacia mucho tiempo pudiera haber sorprendido Bartolomé en la puerta de la jóven donde acostumbraba á situarse para escuchar lo que se decia, si el caballero no hubiese tenido por habito hablar muy bajo. Una escursion que tuvo que hacer en las cercanias de Poitiers le impidió venir á Lusignan por algunos dias, pero fué grande la sorpresa que experimentó cuando á la noche siguiente de su corta expedicion vino á Lusignan y halló desierta la casa de Pasquetta.

Toda aquella noche la pasó en medio de la mas violenta desesperacion, pues por ninguna parte encontraba á la jóven; mas á la mañana siguiente habiendo hallado á algunos hombres que parecieron dirigirse á una fiesta popular, preguntó la causa, y supo la historia de su futura, de la manera que la sabian los mismos que la contaban, es decir, como una cosa milagrosa, para lo cual se estaba preparando una gran ceremonia. El capitán inglés no acertaba á comprender lo que significaba todo esto; pero siguió á la multitud á la capilla de la abadía, y fué mayor su admiracion cuando vió allí á Pasquetta presentada al pueblo como una muger inspirada de Dios y destinada á secundar con su ejemplo, las acciones de la Virgen de Vaucouleurs, Juana de Orleans.

Esta mision no convenia en manera alguna al capitán inglés, y esperaba lleno de impaciencia la conclusion de la ceremonia para hablar con Pasquetta; mas en todo aquel día no pudo lograr esta deseada ocasion, pues desde el momento que entró en su casa, no cesaron los habitantes de la aldea de entrar y salir para que la jóven bendijese los objetos que cada uno tenia en su respectivo oratorio; y hasta las mugeres se presentaban con sus niños y Pasquetta á todos bendecia. Hasta muy entrada la noche, no pudo el capitán avistarse con la jóven, á la cual encontró tan ignorante como él de todo lo que pasaba, y tal vez, el misterio de esta aventura no se hubiera descubierto nunca, á el hermano Bartolomé, que queriendo sacar partido del pretendido socorro, que él decia haber dado á Pasquetta, no hubiera venido á explicarlo todo.

Con efecto, la jóven habiendo oido llamar á su puerta, abrió, porque así se lo dijo el capitán que se ocultó detrás de un grande monton de leña: Bartolomé, creyéndose solo con la jóven, le contó la verdad, añadiéndole que si queria escucharle y casarse con él, llegaría á hacerse poderosa en el pais; pero insistió lisongeándose de haberla sacado del sepulcro y de haberla conducido piadosamente á su cabaña.

El capitán inglés, escuchaba al lego y tuvo tentacion de salir; pero llamaron segunda vez á la puerta, y esto anunció la llegada de otro nuevo personaje. Pasquetta como muger de astucia escondió tambien al fraile en otro rincon de la casa y abrió la puerta para que entrase el señor de Maldétour el cual hizo la misma confesion que el lego manifestando su crimen y mintió como Bartolomé suponiendo que habia sacado á Pasquetta del sepulcro. Sus proposiciones fueron las mismas; pero añadió que si ella rehusaba sus pretensiones por ser santa, sabria obtener por fuerza lo que ya habia procurado conquistar por el ardid. Pero quedó admirado cuando la jóven le dijo que mentía lisongeándose de haberla salvado, y para probarlo llamó á Bartolomé el que puesto en presencia de Maldétour acabó de confundirle; mas viéndose perdido porque se habia descubierto el engaño se vengó

el fraile asegurando á la jóven que él tampoco la habia salvado.

En este momento comenzaron ambos á dudar que fuésen los gitanos los que habian desenterrado á Pasquetta para conducirla á su cabaña. La idea de que un verdadero milagro se habia cumplido efectivamente, preocupó á un mismo tiempo á los dos embusteros, y aun la misma Pasquetta empezó á creer en la intervencion divina imaginándose que solamente á Dios debia su salvacion: ignoraba lo que deberia hacer cuando se viese frente á frente con el capitan inglés, pues llegó casi á persuadirse que este amor seria sacrilego en vista de tan extraño acontecimiento. Sus ideas vacilaban, y viendo el respetuoso temor que sobrecogia al hidalgo y al fraile, tuvo alguna fé en su propio poder; pero un nuevo ruido que se oyó en la puerta de su cabaña la hizo comprender que venia mas gente. Parecia que todos cuantos habian cooperado á esta obra milagrosa se habian dado una cita general; la jóven se convenció de ello al ver entrar á los dos gitanos cómplices del señor de Maldétour.

A ntes que hubieran entrado estos dos hombres, el fraile y el hidalgo fueron encerrados en una cueva inmediata.

Con muy pocas palabras, los gitanos aclararon el asunto: eran ellos los que en la primera noche despues del entierro de Pasquetta, la habian sacado del atahud y trasportádola á su cabaña: los gitanos habian hecho esto, no por un sentimiento de piedad; sino para que la jóven aprovechándose de la santidad que habia adquirido, gracias á ellos, los protegiese, á fin de que nuevamente se

les permitiese establecer su domicilio en el pais. Pasquetta descendida de repente, de un rango de predestinada al de una jóven que no habia engañado á nadie, volvió á tomar su presencia de ánimo, y ofreció á los gitanos todo lo que pedian. Cuando estos se retiraron Pasquetta puso en libertad á Bartolomé y al hidalgo dejándolos en la incertidumbre con respecto á la intervencion á que debia su salvacion, quedándose sola con su capitan.

Buena ocasion se le presentaba á Pasquetta para llegar á ser célebre y adquirirse un grande poder sobre los demas, y acaso hubiera sucumbido á la tentacion de hacer un papel semejante si no existiese en su corazon un sentimiento que le ponía muy distante de aceptar este partido.

Esta fué precisamente la causa que hizo descubrir toda la intriga, porque el capitan inglés que habia resuelto casarse con Pasquetta, no consintió que la jóven conservase esta apariencia milagrosa, y determinó despojarla de tan falso prestigio hácia el cual miraba cierta inclinacion por parte de su futura, y al dia siguiente puesto á la cabeza de una compañía de lanceros, se apoderó del señor de Maldétour, de Bartolomé y de los dos gitanos, y seguidamente los condujo á Poitiers, y poniéndolos delante del tribunal eclesiástico de aquella ciudad fueron condenados. Luego se hizo dueño de Pasquetta, con la cual se casó inmediatamente, y los dos gitanos sufrieron el suplicio de la hoguera, que faltó muy poco para que hiciesen una santa de una muger que estaba muy distante de llegar á serlo.

FEDERICO SOULIÉ.



Vista del ex-convento de San Gerónimo en Murcia.